4611

Fernan Gonzalez

Drama de Juan de la Rosa

Rosa

19

Cuaderno 158 de 4 reales

BARCELONA

MONTANER Y SIMON, EDITORES

CALLE DE ARAGON, NUMEROS 309 Y 311

1885

FERNAN GONZALEZ.

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. Juan de la Rosa Gonzalez

Y

D. Pedro Calvo Asensio.

PRIMERA PARTE.



MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

Abril de 1847.

PERSONAS.	ACTORES.
Doña Sancha, *infanta de Navarra.*	*Sra. Rizo.*
Doña Teresa, *id.*	*Sra. Morán.*
Don Sancho, *rey de Leon.* . . .	*Sr. García.*
El conde Fernan Gonzalez. . . .	*Sr. Alba.*
Don Íñigo Alfarez.	*Sr. Areu.*
Gonzalo Bustos.	*Sr. Cano.*
Moncadas.	*Sr. Jalvo.*
Caballero 1.°, *leonés.*	*Sr. Ruiz.*
Id. 2.°	*Sr. Écija.*
Lupo.	*Sr. Martinez.*

Un capitan. Soldados castellanos, leoneses y navarros.

Siglo X.

Este Drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso le reimprima ó represente en algun teatro del reino ó en alguna Sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 *de Mayo de* 1837, 8 *de Abril de* 1839 *y* 4 *de Marzo de* 1844, *relativas á la propiedad de las obras dramáticas.*

A DON JUAN DE ALBA.

El drama que te dedicamos, está escrito para tí: tu afanoso esmero por presentarle en escena con un lujo y propiedad poco comunes, es para nosotros una garantía del aprecio con que le has recibido. No es á tí á quien corresponde la menor parte en el éxito que ha alcanzado en las treinta noches consecutivas de su representacion. Admítele pues como una ofrenda del aprecio de tus amigos

P. Calvo Asensio. J. de la Rosa Gonzalez.

674723

Advertencia.

La confusion que reina en las crónicas que tratan del conde Fernan Gonzalez y de los demas personages históricos que figuran en este drama, y la divergencia que existe en los historiadores acerca de muchos hechos, nos han obligado á seguir las opiniones que mas se prestaban al giro y enlace de nuestro argumento. En esta suposicion, hacemos aparecer á doña Sancha y doña Teresa como hijas de don Sancho Abarca, rey de Navarra, y á esta última, enlazada despues con don Sancho el gordo, rey de Leon. No hariamos esta salvedad, á no ver la manía que hay en algunos críticos de fijarse mas de lo que deben, en nuestro concepto, en la verdad histórica, que mas de una vez se ha visto tergiversada por las opiniones de ellos mismos.



ACTO PRIMERO.

EL CABALLO Y EL AZOR.

Antecámara real en el palacio de don Sancho, rey de Leon. Puertas laterales que comunican con las habitaciones interiores. Puerta grande de entrada al fondo, por la que se ve en lontananza otro salon. A la izquierda del espectador, y en segundo término, un balcon practicable.

ESCENA PRIMERA.

DON SANCHO. DON ÍÑIGO.

Sancho. Siempre fué muy altanero.
Iñigo. Con su arrogancia, quién sabe
si promoverá algun choque,
y cuanto antes esto estalle?
Sancho. Y decís que tanta fuerza
trae consigo?
Iñigo. La trae,
y en tan escesivo número,
que por do quiera las calles,
de soldados castellanos
se encuentran intransitables.
Sancho. De modo que nuestro plan
fuerza será se dilate.
Iñigo. Está muy próximo el dia
en que el proyectado enlace
nos ponga á los dos á salvo

de un rival...

Sancho. Y rival grande,
que á vos os roba el amor,
y á mí me va á los alcances.

Iñigo. Pero vuestra alteza tiene
un corazon que le ame,
un ser que sueña con vos,
un alma tan pura y grande,
que os tiene fija en su mente
cuando vos no estais delante;
y apasionada, amorosa,
con el acento de un angel,
Sancho repite soñando,
Sancho en ilusion amante,
Sancho en su santa oracion,
y Sancho por todas partes.

Sancho. Ah, don Iñigo! Callad,
que ardiente en mi pecho late
mi corazon, abrasado
por un amor...

Iñigo. Envidiable;
amor que solo los dioses
para sí mismos comparten;
pero yo, que ciego, loco,
con un afan incansable
voy cual náufrago en las olas
que el recio huracan combaten;
cual mariposa cegada
en torno del cirio que arde,
y á los rayos de su fuego
quema sus alas fugaces,
qué haré? señor, qué esperanza
podré abrigar?—Será en balde.
Yo bien sé que vuestro apoyo
acaso nunca me falte,
y que en la ilustre matrona
doña Teresa, no cabe
mas que amor firme á don Sancho,
y al conde un odio implacable;
que astuta, activa, sagaz,
la muerte de su buen padre
vengará con alma osada

y concentrado corage.

Sancho. Pues bien, si el rey don García
y vos su representante,
y doña Teresa y yo
en pensar somos iguales,
podrá escaparse del lazo
encubierto que se le arme?
Y doña Sancha, qué piensa?

Iñigo. La infanta hasta hoy nada sabe,
y aunque al conde no conoce,
temo que su alma se inflame
en amor y en entusiasmo
si hay quien de ese hombre la hable:
ella ha acogido gustosa
la propuesta del enlace,
é impaciente aguarda el plazo
que estipularon las partes.

Sancho. Don Iñigo, ella es el cebo
do caerá ese hombre indomable:
el conde nada sospecha,
dejad que la infanta le ame;
cuanto mas ellos confien,
mas seguros nuestros planes.

Iñigo. Y muerto el conde...

Sancho. Podreis
reemplazar vos ese enlace,
que la obstinacion de Sancha
se vencerá no muy tarde;
y entonces unido á nos
por vínculos de la sangre,
no temereis las astucias
de los que envidian sagaces
el favor...

Iñigo. Que hoy me dispensan
dos ilustres personages.
Oh! y arreglada esa union
será mi pecho valuarte
do se estrellen los intentos
de tanto y tanto cobarde,
que teme en el resplandor
de dos solios deslumbrarse.
(Ambicion, crece y alienta,

no en el camino te estanques.)
(*Se oye rumor en la calle.*)

Sancho. Pero qué rumor es ese?
qué es lo que pasa en la calle?

Iñigo. Llegaos, señor, mirad,
es el conde que arrogante
despierta por donde pasa
ira en los pechos leales,
que encuentran en ese orgullo
clara falta de homenage
á la sagrada persona
de su rey: por todas partes
su altivez causa desprecio,
y su presencia corage.

Sancho. Don Iñigo, me hace daño
su prestigio, su donaire:
su altivo mirar me hiere,
y sus hazañas me abaten:
sabedlo, le tengo envidia,
no se lo digais á nadie;
y mas que rey, su vasallo
me conceptúo al mirarle.
Por eso mismo deseo
hacer esa union cuanto antes,
porque al navarro enlazado
mi poder será mas grande,
y si el amor puede mucho,
la envidia puede bastante.

Iñigo. (Tengo en mis manos dos hilos,
procuraré no soltarles.)
Fiad, don Sancho, en la suerte.

Un ugier. El conde Fernan Gonzalez.

Iñigo. Cautela y sagacidad!

Sancho. Está bien; decid que pase.

ESCENA II.

LOS MISMOS. EL CONDE.

Conde. Rindiendo pleito homenage,
saludo al rey de Leon.

Sancho. Y yo admito al campeon

que me dá tal vasallage.
Al que en luchas harto francas
cual cumplen á su decoro,
abatió el orgullo moro
en Sepúlveda y Simancas.
Al que radiante de glorias
de valía nada escasa,
encuentra por donde pasa
el laurel de sus victorias.
Al que en sus duros embates
á la media luna afrenta,
al que sus victorias cuenta
por número de combates.
Al que galante responde
á la invitacion del rey.

Conde. Mandando justo, es de ley,
señor, que obedezca un conde.

Sancho. Fernan Gonzalez, esto es
portarse cual caballero.

Conde. No se opone el ser guerrero,
para ser tambien cortés.
A vuestro aviso respondo
sin desmentir á mi fama,
que á quien atento me llama,
atento le correspondo.
Y me estraña que elogieis
los triunfos hoy de mi lanza,
cuando en estrecha alianza
con el moro os manteneis.

Sancho. (Ya empieza á mostrarse audaz.)
Qué quereis, la larga guerra
tanto destruyó mi tierra
que necesito la paz.

Conde. Y mas que guerra horrorosa
que os engrandezca, señor,
admitís el deshonor
de una paz ignominiosa?
Disimulad mi pregunta
si enojo os llegó á causar.

Sancho. De eso podremos hablar
cuando estemos en la junta.
En tanto vuestra hidalguía

reconozca en este instante
al digno representante
del noble rey don García.
(*A don Iñigo.*)
Y vos, al bravo caudillo
de España prez.

Iñigo. (Me dá enojos.)

Conde. Con qué contemplan mis ojos
de dos coronas el brillo?
Quién de las augustas leyes
en tan solemne ocasion,
puede temer la infraccion
si las amparan dos reyes?

Iñigo. Basta de cortesanías
agenas de este lugar.
Qué se puede recelar
donde hay tantas simpatías?
Y ese afecto se concilia
y se aseguran las leyes,
puesto que quieren dos reyes
contaros en su familia.

Sancho. Terminarán los enconos.

Conde. Me halaga grandeza tanta;
mas las prendas de la infanta
las tengo en mas que los tronos.
Y dispensadme los dos
si mis límites traspaso,
que un trono le dá el acaso
y la virtud la dá Dios.

Sancho. De vuestro lenguaje infiero
que es mucha vuestra altiveza.

Conde. Le dá á uno tanta franqueza
este trage de guerrero.

Iñigo. (Mal reprimo mi furor.)

Sancho. Mucho me da en que pensar
que vengais aqui á ostentar
el tren de un conquistador;
con tanta marcialidad
y de tantos circuido,
parece que habeis venido
á sitiarme la ciudad.

Conde. Es tanta la fé que abrigo

en la cota y la armadura,
que no encuentro mi ventura,
si no las llevo conmigo.
Pero dejando esto á un lado,
satisfaced á mi afan;
ha sido solo Fernan
para las cortes llamado?

Sancho. Vos solo? pregunta es esa
que me causa admiracion;
los nobles de la nacion
con la corte Leonesa,
nos esperan ya; marchemos
las cortes á principiar
y alli podremos tratar...
(*A parte á don Iñigo.*)
(Astucia y disimulemos.)

Conde. (En secreto se han hablado.)

Sancho. Conde, á las cortes.

Conde. Guiad.

Sancho. (Nuestro lazo...)

Iñigo. (Confiad:
está muy bien meditado.) (*Vase.*)

(*Se dirigen por la puerta de la derecha, y aparece con precipitacion por el fondo Gonzalo Bustos, que hace una seña de inteligencia al conde, el cual se queda detras de don Iñigo para escucharle.*)

ESCENA III.

EL CONDE. GONZALO BUSTOS.

Conde. Gonzalo Bustos, qué es eso?

Gonzalo. Señor, hay ciertos rumores
de que enemigos traidores
os tratan de poner preso.

Conde. Eso ya me lo sabia,
Bustos; por eso he querido
venir aqui prevenido
para impedir su falsía.

Bustos. Señor, el caso es muy grave:
vuestra gente está irritada:
se va á armar una asonada

que con las cortes acabe.
Los burgaleses con saña
blasfeman del rey don Sancho,
y va á armarse un zafarrancho
que se estremezca la España.

Conde. Gonzalo Bustos, manten
la disciplina en mi gente
disponiendo prontamente
que en sus cuarteles esten.

Bustos. Mas valiera, noble conde,
dejar que estalle el nublado.

Conde. De las órdenes que he dado
tu cabeza me responde. (*Vase.*)

ESCENA IV.

BUSTOS.

Bustos. Mi cabeza?... bien está;
yo enmendaré mi torpeza;
mas si pedis mi cabeza,
por salvaros rodará;
yo la ofrezco con presteza.
No seré muy insolente;
me contentaré con ver
el designio de esta gente:
lo que contra vos intente;
yo lo sabré contener.
Y si su intencion traidora
os tiende, conde, sus lazos,
va á ser esto sin demora
el rosario de la aurora,
que se acabó á farolazos. (*Vase.*)

ESCENA V.

MONCADAS *y* DOS CABALLEROS.

Cab. 1.° Tal vez porque no le tuerza
ni el mismo rey su opinion,
ha entrado ayer en Leon
haciendo alarde de fuerza.

Moncadas. De modo que siendo asi,

mas que como convidado,
viene el conde cual soldado
á imponer la ley aqui?

Cab. 2.° Y á fé que hoy en nuestra tierra
en desastres pertinaz,
se va á tratar de la paz
y no de encender la guerra.

Cab. 1.° Mas que por fuertes soldados
por hombres de juicio estoy
para la anunciada hoy
junta general de estados.

Moncadas. Segun los modos siniestros
que en esa gente hemos visto,
habrá la de Dios es Cristo
con los del conde y los nuestros.
Y mas que para hermanar
la causa de unos y de otros,
debemos de ser nosotros
quienes lo han de rechazar.

Cab. 1.° No delireis, buen Moncadas;
que una palabra imprudente,
por sí sola es suficiente
para choques y asonadas.
Y hoy que el rey cortes convoca
para afianzar la union,
solo apoyar su opinion
en este asunto nos toca.

Cab. 2.° Ya sabremos cómo toma
el rey su venida...

Moncadas. Mal.

Cab. 1.° Será pretesto especial
para empezar otra broma?

Cab. 2.° Quién sabe... Tal vez se esconde
en su llamada un secreto,
porque es en el dia objeto
de grande envidia ese conde.
Sus laureles, sus victorias...

Moncadas. No las envidia ninguno.

Cab. 2.° En efecto, aqui llega uno
que nunca admiró sus glorias.

(*Don Iñigo, sin saludarles, atraviesa la escena y desaparece.*)

Moncadas. Ahi le teneis; atraviesa
este salon como un mudo:
ni le merece un saludo
la nobleza Leonesa?
Oh! se adormece al arrullo
de su privanza.

Cab. 2.° Está claro.

Moncadas. Y puede costarle caro
ese desmentido orgullo.

Cab. 1.° El poder, mas que en las leyes
en otra cláusula está:
no sabeis qué fuerza dá
la proteccion de dos reyes?
Representa al de Navarra;
con el de aqui... ya lo veis:
con que Moncadas, podreis
tender á ese hombre la garra?
Quién será tan imprudente
que quiera arrojarle un guante,
si es de uno representante
y del otro confidente?
Moncadas, no se me esconde,
segun aqui os esplicais,
que al navarro detestais,
y que no quereis al conde.

Moncadas. Francamente: me mancilla
la arrogancia de Fernan,
porque es su nombre un iman
que tras sí lleva á Castilla.
Y en esto no encuentro ultraje;
pero Navarra y Leon
no tienen obligacion
de tributarle homenage.
Si él es rayo de la guerra
y triunfa por donde avanza,
blanda en buen hora su lanza
en defensa de su tierra;
que aqui su gigante vuelo
no hace falta que le tienda,
que en Leon hay quien defienda
la propiedad de su suelo.

Cab. 2.° Que habrá, no me ofrece duda;

pero aunque vuestra altivez
se humille, mas de una vez
nos ha prestado su ayuda;
y con noble bizarría
Fernan Gonzalez ha sido
el que mas ha defendido
á don Sancho y don García.
Sus hechos no negarán...

Moncadas. A fuerza de ponderallos,
mas que reyes, son vasallos
y súbditos de Fernan.
Y quién juzgará hasta dónde?...

Cab. 2.° Por eso no será estraño
que á los reyes haga daño
el prestigio de ese conde.
Y no os canseis, su llamada
dos coronas la han dispuesto,
y pudiera encerrar esto
alguna oculta emboscada.

Moncadas. Vos pensais que...

Cab. 2.° Yo confio
en don Íñigo muy poco,
y trasluzco que es el foco
de un enmarañado lío.

Moncadas. Pues si con torpe intencion
al conde le tiende un lazo,
mi pecho ofrezco y mi brazo
para atajar la traicion:
que aunque con él enojado
por su arrogante altivez,
detesto mas la doblez
de un traidor enmascarado.
Que el conde halló en la batalla
los lauros que dá la guerra,
reconquistando su tierra
y destrozando canalla.
Pero el navarro, qué acciones
tiene que opoyo le den?
El saber manejar bien
las intrigas y traiciones.

Cab. 2.° De modo que vos...

Cab. 1.° Entiendo:

entre un hipócrita amigo,
y un generoso enemigo...
Moncadas. Siempre al último defiendo.
Cab. 1.° El rey. (*Observando.*)
Cab. 2.° Despejemos ya,
y templad vuestro corage,
que si hay ó no algun ultraje,
el tiempo nos lo dirá.

ESCENA VI.

DON SANCHO. EL CONDE. CABALLEROS.

Sancho. Ya que en cosas del estado
no opinamos de igual modo,
pretendo ver si en un todo
del mio está separado
vuestro gusto.
Conde. Tanto honor!
En confusion me dejais...
mas de gustos no ignorais
que nadie ha escrito, señor.
Sancho. Os vais en guardia á poner?
Por Dios que estais suspicaz;
por mas que quiero la paz
de vos no la sé obtener.
Precisamente un tratado
os iba aqui á improvisar,
pero me vais á dejar
como siempre desairado.
Conde. Si vos desaire llamais
no seguir vuestro camino,
digo que hablásteis con tino,
de otro modo me ultrajais.
Mas la principal cuestion
hemos dejado.
Sancho. Es verdad.
Conde. Vuestro tratado de paz...
Sancho. Sí, conde, teneis razon.
Escuchad, pues, mi tratado:
no es político.
Conde. Señor!

Sancho. Teneis, Fernan, un azor,
y un corcel que me han gustado.
Conde. Sois conocedor?
Sancho. Jactancia
hago de no ser profano.
Conde. Vuestro gusto soberano
del mio está en consonancia.
Sancho. Me place, conde, por Dios
haber tocado este asunto,
pues ya tenemos un punto
en que acordamos los dos.
Perla de la cetrería
por su indómito valor,
contemplo yo en el azor
un tipo de gran valía.
Conde. Cuando desde su alcandara
mira con ojo sangriento
una ave que cruza el viento
y en ella altivo repara:
y en pos de graznido breve
que reconcentrado lanza,
á alcanzarla se abalanza
cruzando el espacio leve:
si en su impulso violento
sin reparar en sus galas,
le viérais tender las alas
haciendo jemir al viento;
y alcanzar en su furor
al ave en miedo deshecha,
como la alcanza la flecha
que dispara el cazador:
y volver libre y ufano
instrumento del deseo,
rindiéndola por trofeo
de su señor en la mano;
perla de la cetrería
por su indómito valor,
viérais tambien en mi azor
un tipo de gran valía.
Sancho. Mucho me place, Fernan,
la pintura que habeis hecho,
y estoy de ella satisfecho:

y qué tal vuestro alazan?

Conde. Preguntádselo al infiel
vuestro aliado Almanzor,
si es prenda de gran valor
y de estima mi corcel.
Él recuerda los laureles
de que en Osma me cubrí,
cuando el poder abatí
de los árabes infieles.
Y yo, dichoso adalid
con su posesion me creo,
que es airoso en el paseo
y es arrogante en la lid.
El alma de orgullo llena
está de placer brincando,
cuando se le ve bordando
con sus corvetas la arena.
Si belígero relincha,
en sus ímpetus lozanos
parece que con las manos
se quiere arrancar la cincha.
Si se lanza á la carrera,
parece segun se mueve,
hijo del viento en lo leve,
hijo del rayo en lo fiera.
Con mi lanza lo adquirí
despojo de una pelea;
lo que valga, y lo que sea
no me pregunteis á mí:
preguntádselo al infiel
vuestro aliado Almanzor,
y vereis en su dolor
cuánto vale mi corcel.

Sancho. Prendas de tal distincion
honran bastante á su dueño.

Conde. Confieso que tengo empeño,
alteza, en su posesion.

Sancho. Mucho me holgara tener
objetos de estima tanta;
que su belleza me encanta.

Conde. Pues les podeis poseer;
que aunque en mucho les aprecio

son vuestros desde este instante.
Sancho. Mil gracias por lo galante;
mas no les tomo sin precio.
(Abatir su orgullo quiero.)
Conde. (*Picado.*)
Me proponeis una venta,
y yo no sufro esa afrenta
indigna de un caballero.
Sancho. Fernan Gonzalez!
Conde. Alteza!
Si se acostumbra en Leon
la venta, ved que esa accion
es en Castilla bajeza:
que alli cualquier caballero
tiene en tanto su decoro,
que entre su honor y entre el oro
siempre su honor es primero.
Sancho Advertid, conde Fernan,
que ese orgullo castellano
se encuentra ante un soberano
que reprima su desman.
Conde. Advertid tambien, monarca,
que al orgullo de mi tierra,
no le dá grima la guerra
del nieto de Sancho Abarca.
Sancho. Se os ofusca la razon
con mucha facilidad.
Conde. Me ultrajásteis.
Sancho. No en verdad:
fué del pacto condicion.
En poseer tengo empeño
el azor con el caballo,
y no es justo que un vasallo
de mis gustos se haga dueño.
Conde. Capricho es de rey?...
Sancho. Sí tal.
Conde. El capricho os agradezco:
y ya que es venta, apetezco,
don Sancho, que sea formal.
Pues pudiera acontecer
que al ir á ajustar la cuenta
os pesara la tal venta

:

y aguara vuestro placer.

Sancho. Pedid, y no hayais cuidado.

Conde. Pido, pues, por el azor
cuatro mil sueldos.

Sancho. Valor
me parece exagerado.

Conde. Pues ó me dais lo que he dicho
en oro de buena ley,
ó á pesar de que sois rey
no se os logrará el capricho.

Sancho. Cierro el trato, aunque reparo
que sois conmigo cruel:
pedid, pues, por el corcel.

Conde. Veinte mil sueldos.

Sancho. Es caro.

Conde. Pues ni una libra tornesa
quito de lo que pedí.

Sancho. Lo que ha un instante exigí,
ya casi, Fernan, me pesa:
con tanta exageracion
á pocas ventas que hagais,
á Burgos, conde, os llevais
las riquezas de Leon.
Para hacer el pago pido
un plazo, si es que acomoda.

Conde. Pedid.

Sancho. (*Con intencion.*) Para vuestra boda
con doña Sancha.

Conde. Accedido:
ahora quiero yo fijar
mi condicion.

Sancho. No rechazo!

Conde. Si cumplido que esté el plazo
no me llegais á pagar;
cada dia que pasare
ireis el precio doblando,
las cantidades guardando
de todo lo que sumare.

Sancho. Está con mucha intencion
la condicion exigente.

Conde. Es de mi gusto.

Sancho. Corriente:

acepto la condicion.

Conde. Garantía?...

Sancho. Es contra ley.
A vuestro juicio se esconde?
Qué exigís de mí, buen conde?

Conde. Vuestra palabra de rey.

Sancho. Os la doy solemnemente.

Conde. Pues el pacto está acabado.

Sancho. Lo que en él se ha decretado
se cumplirá exactamente.

Conde. Asi, don Sancho, lo espero;
y si las prendas quereis...

Sancho. Bien, conde; al punto podeis
dárselas á mi escudero.
(*Se oye ruido fuera y voces.*)
Pero, qué rumor estraño?...

Una voz. (*Desde fuera.*)
(Viva el conde de Castilla.)

Conde. Son mis gentes que la villa
pasean.

Sancho. Ó yo me engaño,
ó ese rumor hácia aqui...

Conde. Rey don Sancho, claro está:
estrañan mi ausencia ya...

Sancho. (*Indignado.*)
Y gritan por eso?

Conde. Sí.

Sancho. Trasluzco que ese clamor
tiene algun significado.

Conde. Como estoy siempre á su lado
me echan de menos, señor.

Sancho. Cariño particular
que á irritar mi enojo empieza.

Conde. Tranquilizaos, alteza,
que yo le sabré aplacar. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DON SANCHO. DON ÍÑIGO, *que entra en la escena al mismo tiempo que sale* EL CONDE FERNAN GONZALEZ, *el cual le saluda friamente.*

Sancho. No puedo soportarle en mi presencia,

me hiere su jactancia,
y agota demasiado mi paciencia
de su vano carácter la arrogancia.
De la gloria al arrullo
mucho ese conde en arrogancia crece,
y al popular murmullo
mucho por vida mia se adormece.
No le visteis, don Iñigo, altanero
despertar mi corage?

Iñigo. De tanto y tanto ultraje,
venganza tomareis.

Sancho. Sí, yo la quiero.

Iñigo. Ah! señor! como á vos á mi me agita
el deseo tambien de la venganza,
y á ese recuerdo el corazon palpita
y le mata el dogal de la tardanza.
Como vos, rey don Sancho, aqui la llevo:
los celos y la injuria la han escrito:
con su sangre no mas borrarla debo,
y esa venganza como vos medito.
No me deja esa idea ni un momento;
la llevo sin cesar, vivo con ella;
me la finge do quiera el pensamiento;
es el sino infalible de mi estrella.
Ese altanero conde castellano,
dió la muerte á mi primo el de Tolosa,
y elevándose al rango soberano
pretende á doña Sancha por esposa.
El orgullo, los celos y la afrenta,
siento en mi corazon hervir sangrientos;
para pedirle de mi ultraje cuenta,
siglos se me figuran los momentos.

Sancho. Bien, don Iñigo, bien: vuestro lenguaje
del corazon la herida
muestra bien claramente, y mi corage
despierta y á vengarme me convida.
Mas ved que la ocasion nos ha faltado;
su gente de armas el designio trunca
de esa venganza que los dos queremos.

Iñigo. Don Sancho, ya lo sé: nos ha burlado.
(*Viendo entrar al conde.*)

Sancho. Mas silencio, aqui está; fingir conviene.

Iñigo. Su orgullo desbarata mi paciencia.
Sancho. Silencio por piedad en su presencia.
Iñigo. (*Aparte.*)
Silencio por piedad! Miedo le tiene.

ESCENA VIII.

DICHOS. EL CONDE.

Sancho. Ha cesado ya el clamor
de vuestra turba insolente?
Conde. Turba llamais á la gente
que defiende á su señor?
Vuestras palabras parciales
envuelven mucho desdoro:
dad, don Sancho, mas decoro
á mis soldados leales.
No merecen tal mancilla
los indomables guerreros
que enarbolan sus aceros
en defensa de Castilla.
Mas si amenguando mi tierra
vuestro tratado de paz
quereis romper pertinaz,
temed, don Sancho, mi guerra.
Y quedad, señor, con Dios,
que yo á Burgos doy la vuelta.
Sancho. La lengua teneis muy suelta.
Conde. Me la desatásteis vos:
vos, que con doble intencion
un lazo me habeis echado,
bajo el pretesto sagrado
de las cortes de Leon.
Recelando torpe amaño
á vuestra corte llegué,
y mis gentes apresté
para burlar vuestro engaño;
y pues con tanta mancilla
mi lealtad ofendeis,
si un enemigo quereis,
uno tendreis en Castilla.
Sancho. Refrenad ese desman,

que es de mi esplendor agravio.
Conde. Lo que pronunció su labio
sabrá sostener Fernan.

ESCENA IX.

DON SANCHO. DON ÍÑIGO.

Sancho. Inaudita altivez!
Iñigo. Pide venganza.
Sancho. Don Íñigo, á Navarra sin tardanza
id, y que nuestro intento se prevenga.
Iñigo. Fiad en mí, señor: nadie en el mundo
esa venganza como yo medita:
os he dicho que aqui la tengo escrita,
y es mi rencor al conde muy profundo.
Él de celos el alma me desgarra;
él dió muerte á mi primo el de Tolosa.
Sancho. Sangre pide esa afrenta ignominiosa;
á Navarra, don Iñigo.
Iñigo. A Navarra.

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

UN REGALO DE BODAS.

Salon elegante en el palacio del rey de Navarra. Dos puertas laterales á la derecha del espectador, una á la izquierda en primer término; balcon practicable al fondo, que se abrirá á su tiempo, dejándose ver iluminadas las fachadas de la calle, y una torre. Antes del balcon una galería de arcos, adornada de flores, y lujosamente iluminada. Un arco de la derecha cubierto con cortinage, que se descorrerá á su tiempo. Aparecen varias damas concluyendo de adornar el salon, que estará lleno de lujosas colgaduras y diferentes objetos de lujo, dominando la abundancia de diferentes flores. Lujosos candelabros de la época, encendidos. Una mesa cubierta con tapete que tenga las armas de Navarra, y recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA TERESA, *saliendo despues de un momento de corrido el telon.*

Perfectamente: las flores
con su celestial fragancia,
embalsamando esta estancia
la hacen un edén de amores.
No dirá el fuerte infanzon
que en servirle no se afana

la futura soberana
de los reinos de Leon.

ESCENA II.

DOÑA TERESA. DON ÍÑIGO.

Teresa. Íñigo!
Iñigo. Señora mia!
Teresa. Contento estais!
Iñigo. Satisfecho:
quiere salirse del pecho
el corazon de alegria.
Teresa. Bien vuestro gozo se nota.
Iñigo. Cuando destilar consigo
toda la hiel que hay conmigo
sobre el conde gota á gota,
podrá haber en mi ficcion,
si á abatir voy su altivez?
Dejad se ensanche una vez
á su gusto el corazon.
Teresa. No esteis del triunfo orgulloso
hasta tenerle alcanzado,
que está el conde escarmentado
y suele ser receloso.
Iñigo. No temais hoy los furores
de la fiera embravecida,
que está muy bien escondida
la serpiente entre las flores.
Mirad desde aqui, mirad,
(*Llegando al balcon.*)
de lujo no falta nada;
con regia pompa alfombrada
está toda la ciudad.
Cual altivo vencedor,
lleno de lauros avanza
en alas de la esperanza,
mecido por el amor.
Teresa. Quién al ver ese boato
por él, interes no toma?
Iñigo. Nunca entró un Cesar en Roma
con tan brillante aparato.

Y aunque es falso ese terreno
por donde viene pisando,
al verlo, está rebosando
el corazon de veneno.
Se ven mil bellas ufanas,
olvidando sus agravios,
mostrar la risa en los labios,
gozosas en sus ventanas.
Unas, coronas tegiendo,
otras, flores preparando,
todas con gusto esperando,
y su tardanza sintiendo.

Teresa. Iñigo, no os cause enojos
esa falsa ostentacion:
engañad su corazon
alucinando sus ojos.
Y aunque eso tanto os admira
por su fausto, reparad
que es triste la realidad
cuando va tras la mentira.
Vuestro placer no se altere
con lo que acabais de ver:
algo se ha de conceder
á quien con el triunfo muere.

Iñigo. Entre dos pasiones lucho.

Teresa. Tranquilizad vuestra mente:
voy á haceros un presente
que espero apreciéis en mucho.

Iñigo. Si de vos viene un favor
no en balde en mucho le aprecio,
que si era antes de gran precio
en vos dobla su valor!

Teresa. Ved aquí. (*Le enseña un pergamino.*)

Iñigo. (*Mirando.*) Su firma entera!
Con que vuestro hermano...

Teresa. Accede.

Iñigo. Entonce el leon bien puede
doblar su frente altanera.

Teresa. Espero la doblará
sin resistir por lo visto.

Iñigo. Todo lo tengo previsto;
ninguno se moverá.

En prueba de esta verdad,
y segun lo estipulado,
ni el conde pisará armado
los muros de la ciudad.
(*Se oyen vivas lejanos.*)
Oís el confuso acento
de los vivas que le dan?

Teresa. Son ecos que á morir van
á las regiones del viento.

Iñigo. Terrible instante!

Teresa. Recelos
injustos dejad ahora.

Iñigo. No puedo ocultar, señora,
que me devoran los celos.

Teresa. Alimentad el rencor
que aviva vuestra esperanza:
delante está la venganza,
y detras de ella el amor.
Y no olvideis, mal que os cuadre,
que el que os roba vuestro bien,
fué el que asesinó tambien
á vuestro primo y mi padre.

Iñigo. Venga ese pliego.

Teresa. Despacio,
y serenaos un poco,
que los arranques de un loco
no sirven para palacio.
Aunque un recuerdo se agolpe
á vuestra mente, escondido,
nunca prepareis el ruido
antes de que deis el golpe.

Iñigo. Qué hacer, señora?

Teresa. Qué hacer?
No correr tan pronto el velo;
dejarle que tienda el vuelo
cuanto le quiera tender.
Dar pábulo á sus pasiones;
que mi hermana y él se vean,
y que venturosos crean
en un mundo de ilusiones.

Iñigo. Ellos!

Teresa. Y en este aposento:

no veis que no se conocen?
cuanto mas sus almas gocen,
mayor será su tormento.
Mi hermana!

Iñigo. Ordenad, qué hago?

Teresa. Cada cual á su destino;
y sea cualquiera el camino,
no hay que dar el golpe en vago. (*Vase.*)

ESCENA III.

DON ÍÑIGO.

No señora; va en bonanza
la nave sin zozobrar,
y va flotando á arribar
al puerto de la venganza.

ESCENA IV.

DON ÍÑIGO. DOÑA SANCHA.

(*Se oyen vivas lejanos.*)

Sancha. Los ecos que se perciben...

Iñigo. Son los repetidos vivas
y aclamaciones festivas
con que al conde le reciben.

Sancha. (*Mirando por el balcon.*)
Cuál se agitan y alborozan,
y de entusiasmo deliran.

Iñigo. Todos su ventura admiran,
mas no en ella todos gozan.

Sancha. Nunca falta un descontento
á quien las dichas ofenden:
siempre hay seres que pretenden
ser solos en pensamiento.
(*Vivas numerosos, pero confusos.*)
Ese aplauso general...

Iñigo. Entre esos grupos tambien,
habrá quien le quiera bien,
y habrá quien le quiera mal.

Hay aplausos harto ruines
de inspiraciones agenas;
los hay por ahogar las penas
y los hay con dobles fines.

Sancha. Don Iñigo, sois cruel:
cuando con esa alegría
goza ufana el alma mia,
quereis llenarla de hiel?
Quiénes son los que envidiosos
estan de nuestra ventura?
Quién derrama la amargura
en momentos tan dichosos?
Quiénes son, mal que les cuadre,
esos seres?

Iñigo. Se os esconde?
Los que saben que fué el conde
el que mató á vuestro padre.
Los que miran con mancilla
tender al leon su garra;
los que os quieren en Navarra,
pero jamas en Castilla.
Los que ven con desconsuelo
que hay aqui quien os adora,
y quien puede hacer, señora,
la ventura de este suelo.
Que entre todos, hay un hombre
rico en acciones y cuna,
y por su mala fortuna
ignorais hasta su nombre.

Sancha. No le pronuncieis, que agravio
no debe temer ni enojos,
pues no le han visto mis ojos
ni le despreció mi labio.
No amengüo yo la hidalguia
de los hijos de mi tierra;
quiero, sí, cortar la guerra
que entre dos reinos habia.
Yo no conozco á Fernan,
sino á su fama notoria,
y es su gigantesca gloria
de mis ensueños iman.

Iñigo. Señora...

Sancha. Entiendo; quizá
vuestro labio en contra arguya,
mas mi mano será suya
y mi corazon lo es ya.
Pues tal mi mente le vió,
que en el enlace tratado,
no es él quien va á ser honrado,
sino la honrada soy yo.
(*Se oyen vivas al conde de Castilla, al vencedor del moro y al pacificador de Navarra.*)
Ois esa aclamacion?
Iñigo. Escucho vivas ahora,
pero yo no sé, señora,
si salen del corazon.
Sancha. Nacen de puro entusiasmo,
y no se puede dudar.
Iñigo. Tambien se puede ocultar
entre la risa, el sarcasmo.
Sancha. Dónde don Iñigo vió
ese origen tan insano?
pues qué, mi hermana y mi hermano
no piensan cual pienso yo?
Cuando esto lo aprueba el rey
y su corte...
Iñigo. Con despacio,
que el rey escucha en palacio
y yo escucho entre la grey.
En fin, señora, este celo
es de quien dicha os desea:
permita el cielo que sea
infundado mi recelo.
La ventura *de los dos*
es lo que Iñigo ambiciona,
y mis palabras abona
mi puro afecto hácia vos.
(*Vivas mas próximos.*)
A Dios, infanta: ya escucho
que en palacio ha penetrado
vuestro esposo.
Sancha. Id confiado,
que aprecio ese interes mucho. (*Vase.*)

ESCENA V.

DOÑA SANCHA.

No abrigo yo esos temores,
ni espero que sea ilusoria
la noble y gigante gloria
que me brindan sus amores.
Vanos recelos serán.

ESCENA VI.

DOÑA SANCHA. EL CONDE, *en el fondo.*

Conde. Gracias, gracias; esta ofrenda
será una indeleble prenda
para el alma de Fernan.
(*Vivas al conde.*)
(Sancha!)
Sancha. (Fernan!)
Conde. (Qué bella!)
Sancha. (Qué arrogante!)
Conde. (Escede á mis ensueños en lo hermosa.
(*Con orgullo.*)
Me doy el parabien de tal esposa.)
Sancha. (Me doy el parabien de tal amante.)
(*Con satisfaccion.*)
Conde. (*Adelantándose.*)
El instinto de un alma enamorada
es el que obró, señora, solamente,
cuando el labio, tal vez irreverente,
de la imagen que aqui llevo grabada,
el nombre pronunció.
Sancha. Bien presentia
la inspiracion de vuestro sentimiento:
tambien, conde Fernan, tambien mi acento
á ese oculto poder obedecia.
Sancha soy.
Conde. Yo Fernan; Fernan, señora,
que aun antes de miraros os amaba,
y en sus sueños de amor os contemplaba
pura como la luz que el alba dora.

Hoy al miraros por la vez primera,
en vuestro amor, en vuestra luz perdido,
si la Sancha que amó no hubiérais sido,
la infanta que le dan, aborreciera.
Orgullo puede dar á mis blasones
de una infanta tan noble la alianza:
pero cede ese orgullo en la balanza
de mis puras y santas emociones.
No, enaltecida infanta, yo os adoro:
porque para saciar la ambicion mia,
antes que á doña Sancha, buscaria,
ganado por mi lanza, un cetro moro.

Sancha. Veo en vuestras palabras la altiveza
que encierra ese carácter soberano,
y el noble pundonor del castellano,
y del fiero adalid la gentileza.
Tambien halaga mi esperanza hermosa
ver que con intencion franca y bizarra,
en vez de la princesa de Navarra,
busca Fernan Gonzalez á la esposa.

Conde. Como al polo el iman: antes de ahora,
que decretarlo asi debió mi estrella,
os contemplé en mis sueños pura y bella;
sin conoceros os amé, señora.
Que erais hermosa publicó la fama,
y de virtud y discrecion modelo,
y en mereceros puse yo mi anhelo
y ardió voraz de mi pasion la llama.
Os veo, Sancha, y como nunca siento
ese amor que soñé respetuoso,
puro, acendrado amor, amor de esposo,
de torpe mira y de ambicion esento.

Sancha. Yo tambien, noble conde, presentia
hácia vos ese amor, que aqui en mi seno
germinaba feliz de encanto lleno,
haciéndose mas grande cada dia.
Vuestro nombre, terror de los infieles,
oia pronunciar y le admiraba,
é invencible adalid os contemplaba,
alfombrando la España de laureles.
El alma entonces, anhelando gloria
vuestros hechos invictos celebraba,

y acaso sin saberlo, ya os amaba,
pues jamás os quité de la memoria.
Hoy, al miraros por la vez primera,
ese amor misterioso he comprendido;
y si el Fernan que amé no hubiérais sido,
el conde que me dan, aborreciera.

Conde. Orgullo mio! vos me amais!

Sancha. Sí, conde.
Os amo; pero tengo una amargura,
que acibára mi dicha y mi ventura.

Conde. Acaso ese dolor no se me esconde.

Sancha. Lo comprendeis, Fernan? A vuestras manos
mi padre sucumbió: gente malvada
dice que fué á traicion.

Conde. Fué en lucha honrada;
no matan á traicion los castellanos.

Sancha. Pero vos...

Conde. Sí, yo fui, Sancha querida:—
mas juro por el lustre de mi acero,
por la fé y el honor de caballero,
por vuestro amor, encanto de mi vida,
que yo no provoqué la lucha horrible,
y que fué vuestro padre quien furioso
á la lid me llamó de sangre ansioso,
siendo su muerte para mí sensible.
Yo al frente de los mios peleaba
ansiando dar un triunfo á mi Castilla,
borrando asi la afrenta y la mancilla
que el navarro imprudente en ella echaba.
De Golonda los campos, matizados
estaban con la sangre del combate,
y de uno y otro ejército el embate
revelaba enemigos esforzados.
Chocaban los aceros relucientes:
y entre tanto que el triunfo vacilaba,
fatídica la muerte revolaba
en las filas de aquellos combatientes.
La hirviente sangre por do quier humea
y de la muerte entre el horror insano,
el resoplido del corcel ufano,
quemando sale y á la par la orea.
De la lid entre el polvo revoltoso

un guerrero avanzó, rasgando el viento:
dónde ese conde está? dijo su acento:
aqui le tienes, rey, dije furioso.
Bajo el lanzon con ánimo esforzado,
los dos al punto con furor partimos:
con igual arrogancia combatimos...
la suerte igual no fué!

Sancha. Padre adorado!

Conde. No lloreis, pues se llega ya el momento
de unir nuestra existencia en los altares;
dia de gloria es, no de pesares,
dia de amor feliz, no de tormento.

Sancha. Nunca la hija de Sancho fuera esposa
del que mató á su padre, si no viera
que aunque en batalla asaz, horrible y fiera,
obrásteis, conde, con honor: dichosa
mi mano debo unir hoy á la vuestra:
sea, Fernan; y el cielo bondadoso,
al concederme en vos un digno esposo
quiera librarnos de intencion siniestra.

Conde. Vano temor! decidme, quién podria
el placer amargar de nuestro pecho,
cuando de este himeneo satisfecho
se encuentra vuestro hermano don García?
De Navarra y Castilla la alianza
qué fuerza á deshacer será bastante?
quién ante nuestro ejército pujante
osa enristrar la temeraria lanza?
El árabe? Aun espantan su memoria
los laureles que en Osma he recogido,
de Sepúlveda el triunfo conseguido
y de Simancas la brillante gloria.
El leonés monarca? Tambien sabe
que en su escasa estension, tiene mi tierra
hombres que siempre vencen en la guerra
y que romper con ellos es muy grave.
Vuestro hermano? Ya veis, su confianza
me honra con este enlace demasiado;
porque en cuanto á negocios del estado,
á él mas que á mí, le cumple esta alianza.
Tranquila estad y torne á vuestra mente
dulce ilusion de amor y de ventura:

ni al alma angelical la deis tortura:
no hay para qué pensar siniestramente.

Sancha. Oh! cuán noble, Fernan, el sentimiento
es de vuestra pasion: cuánta grandeza
se deja traslucir en la altiveza
de vuestro franco y generoso acento.
Cuando ante el ara santa prosternada,
henchido el corazon de amante fuego,
del sacerdote el sacrosanto ruego
oiga en éstasis puro enagenada:
cuando mi lecho de olorosas flores,
de virginal fragancia pudorosa,
trueque feliz por el de tierna esposa
haciéndole mansion de los amores:
cuando despues del juramento santo
sin tinta de rubor en la megilla
me llame yo condesa de Castilla,
título que á mis ojos vale tanto:
cuando despues de conseguir victoria
volvais á Burgos con marcial talante
y de placer el pecho palpitante
os ciña yo el laurel de vuestra gloria:
cuando en festiva aclamacion tronando
se alce la voz de un pueblo poderosa
y aclame al triunfador, cuán venturosa
estaré vuestros triunfos celebrando!
Entonces nuestros ecos confundidos,
gracias darán al Dios que está en la altura,
y á engrandecer nuestra eternal ventura,
la gloria y el amor vendrán unidos.

Conde. Sí, Sancha amada: el amor, la gloria,
nobles instintos que en el pecho siento
gigantes renacer á vuestro acento,
cual fantasmas bullir en mi memoria.
Oh! que esa voz enciende aqui en mi mente
cuanto de grande el universo encierra;
es la voz del amor y de la guerra,
audaz inspiracion que el alma siente.
Es la voz que convoca mis legiones,
que imprime fé y valor en mis creencias;
que hace gozar un cielo á mis potencias,
que da el laurel del triunfo á mis pendones.

Esa es la inspiracion que rasga el velo,
que á una generacion imprime nombre,
que hace un héroe del que antes fuera un hombre
y le pasea en triunfo por el suelo.
Esa es la voz que lanza á los infieles
á lejanas comarcas; torbellino
que arrastra poderoso en su camino
mantos, coronas, cetros y doseles.
Sí, Sancha, yo la oí; me habló de amores
y de gloria tambien; mi pensamiento
ha venido á inflamar, á darme aliento,
haciéndome soñar triunfos mayores.
Necesito llevarla en mi memoria,
necesito escucharla enamorada:
esa voz es el triunfo de mi espada,
esa voz es mi página en la historia.

ESCENA VII.

EL CONDE. DOÑA SANCHA. DOÑA TERESA.

Teresa. Salud al conde, cuyo nombre ilustre
es un don soberano en este suelo:
salud al vencedor de los infieles,
que hoy engrandece el territorio nuestro.
La corte de Navarra, enaltecida,
á Fernan acogió con tal estremo,
que aun se escuchan confusas y lejanas
las dulces voces que rasgando el viento,
el nombre de Fernan, en tono acorde
victoreaban en férvido festejo:
y aquese gozo, inestinguible, ardiente,
de que estan poseidos tantos pechos,
en las almas del rey y las infantas
con entusiasmo audaz tiene su asiento.
Conde. Gracias, señora; la ventura mia,
la dicha, el porvenir mas lisonjero
circundan á Fernan en este instante,
al escuchar vuestro sublime acento.
Si nunca ambicioné por mis razones,
el ambiente aspirar de tronos regios,
ni el favor mendigar de los monarcas

para vivir de adulacion esento;
hoy el alma de júbilo y de gloria
se siente henchida, y el pesar acervo
que á Castilla y Navarra desunia,
desaparece en tan feliz momento.
El angel encantado y vaporoso
que llegué á divisar en mis ensueños,
es Sancha, vuestra hermana, tan hermosa
como es hermoso el luminar del cielo;
y solo comparable en donosura
á su hermana, la hermosa de este reino.

Teresa. Muy bien sienta tambien ese lenguaje
al que se ciñe militar arreo,
y muestra su pujanza en los combates
y en escenas de amor, dulces acentos.

Conde. No estuvieron jamás en disonancia
aparato marcial y galanteo:
quien tiene noble ardor en la batalla,
tiene para adorar sagrado fuego;
y si el fuego faltase, le encendiera
la mirada de un ser tan hechicero.
El labio irreverente no halla voces
con que espresar el singular contento,
de que el alma se encuentra poseida
al ver la realidad que escede al sueño:
que es la princesa por sus altos dones
á mi escaso valor gigante premio.

Teresa. Todo lo mereceis por vuestras prendas:
vos, Sancha, qué decís? á vuestro amante
que lleguen no quereis vuestros acentos?

Sancha. A mi amante... jamás: será á mi esposo:
mi alma de la suya fué al encuentro,
y en una sola confundidas se hallan
y no tienen ya mas que un pensamiento.

Conde. Cuánta grandeza, Sancha! cuánto orgullo
le dan al corazon tan dulces ecos.

Sancha. El amor los produce solamente,
y al veros, conde, sin rubor lo espreso.

Teresa. Yo al contemplar tan celestial ventura
siento latir enagenado el pecho, —
y me entristece el ver que nuestro hermano
no pueda presenciar tanto contento.

Conde. Asuntos del estado han impedido...
Teresa. Asuntos muy urgentes segun creo;
pero estando ya vos en el palacio,
todo lo dejará solo por veros.
Sígueme, Sancha, que nosotras somos
quien nueva tan feliz llevar debemos.
Conde. Ese honor me da orgullo.
Sancha. En la noticia
el honor y el orgullo serán nuestros. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

EL CONDE.

Oh! cómo vuela de su amor en alas
á la mansion feliz el alma mia;
de regia cuna las lucientes galas
no logran deslumbrar mi fantasía;
siempre enemigo del navarro trono,
audaz y altivo provoqué su guerra:
mas hoy con el amor cesa mi encono,
y cual nuncio de paz piso su tierra.

ESCENA IX.

EL CONDE. DON ÍÑIGO.

Conde. Borra el amor envejecidos odios
y el corazon recobra nueva vida.
Iñigo. Y el que admiró el poder de vuestro brazo
cuando arrollaba turbas agarenas,
aplaude el tierno lazo
que olvidar ha de hacer antiguas penas,
y os dá la enhorabuena mas cumplida.
Conde. (Que siempre han de ser cortos
los instantes de dicha y de ventura!
la presencia de este hombre me hace daño.)
Iñigo. Por mi vida, Fernan, que no esperára
que cuando os vengo á hablar de don García
y el parabien á daros del enlace,
con tan poca cordura
y lleno de insolente altanería,

vuestra vista apartaseis de la mia.
Vengo en nombre del rey, del soberano.

Conde. Bien venido seais; mas ahora os pido
que dejeis vuestro espíritu sereno,
pues no es nada prudente
que cuando el corazon está dormido
y á la venganza ageno,
le despierten los crudos sinsabores,
origen de discordias y rencores.

Iñigo. No cruza por mi mente tal idea;
y en prueba de que es franco mi lenguaje
y que la paz desea
mi corazon para con vos unido,
vos mismo juzgareis por mi mensage.
Quiere dar al placer gigante espacio
el navarro monarca;
quiere que el tierno gozo
que difundido habeis en su palacio,
no pase violento
como un eco perdido en el ambiente,
como estrella que cruza el firmamento:
y en memoria halagüeña de este dia,
vuestro futuro hermano don García
os envia un presente,
que espero admitireis con alegría.

Conde. Galante está conmigo.

Iñigo. Generoso.
Y tuvo tino tal en el regalo,
y ha estado en deparároslo tan justo,
que mas digno de vos no le encontrára,
ni tampoco pardiez mas de mi gusto.

Conde. Pláceme por mi vida
ver al rey don García tan cumplido,
y en momentos cual este de ventura
recibir de sus manos
una prueba de amor que me asegura
que el corage y rencor lo dió al olvido,
que seremos de hoy mas tiernos hermanos.
Decidle pues, don Iñigo,
que el pecho de Fernan late orgulloso;
que admito su presente
cual símbolo de paz inalterable,

y que si él es conmigo generoso,
el conde como siempre independiente
le jura por su amor gigante y santo,
que no ha de hallar obstáculo imponente
que en su favor se arrostre,
aunque haya que sembrar terror y espanto.
Que viva, pues, seguro;
que en los trances terribles de la vida,
el cuerpo de Fernan será su muro.

Iñigo. Tambien yo gozo en la ventura vuestra;
tambien mi pecho late y se entusiasma
con la dicha y la paz que yo preveo.

Conde. (Su mirada me pasma,
y cada vez la encuentro mas siniestra.)
Gracias os doy, don Iñigo,
por el placer que en vuestro rostro leo:
y el obsequio del rey, dónde está, dónde?

Iñigo. No quiero retrasar por un instante
la grata sensacion de la sorpresa.
Ya le teneis delante.

(*Descorre unas cortinas del fondo, y aparecen varios guardias armados.*)

Conde. Mas no comprendo...

Iñigo. Conde!
qué estraña admiracion ha sido esa?

Conde. No me acierto á esplicar...

Iñigo. Lo sabreis luego.
Es la guardia de honor que se os destina;
no direis que está en número mezquina.
Llegaos, capitan, dadle ese pliego.

(*Sale el capitan rodeado de un número considerable de soldados, que se esparcen con orden en la escena. El capitan le entrega el pliego, que Fernan lee en voz alta.*)

«Redúzcase á prision al conde Fernan Gonzalez, y »júzguesele como al asesino del rey don Sancho, mi ca- »ro y respetable padre.»

El Rey.

Conde. No puedo cemprender tamaña mengua!
Sin duda sueños son de mis enojos,
y soñando tal vez vieron mis ojos
lo que ha espresado sin saber mi lengua.
Mas la torva sonrisa de ese hombre,

la siniestra espresion que dá á su ácento,
el placer que rebosa...

Iñigo. No os asombre
si habeis visto en mi rostro fingimiento.
Me visteis servicial y silencioso,
y diriais, este hombre es un villano,
un pobre y miserable cortesano
que en torno del señor se postra ansioso.

Conde. Siempre te vi traidor y miserable;
siempre en tu pecho traslucí bajeza,
y he leido en tu rostro detestable
cuán digna del verdugo es tu cabeza.
Pero tarde tu velo se desgarra;
tarde conozco la intencion traidora
que con perfidia vil mostró en mal hora
el fuerte soberano de Navarra.
El noble rey que con falaz empeño
me propuso espontáneo una alianza,
para saciar, cobarde, su venganza,
pudiendo asi del conde hacerse dueño.
Digna hazaña por Dios es de un valiente;
alfombrarme de flores el camino,
y entre ellas esconderme un asesino,
por no poder matarme frente á frente.
Ven, me dijo, serás hermano mio;
el amor, la amistad, sagrados lazos
formarán, y el valor de nuestros brazos
no acrecerá nuestro rencor impío.
Acabe ya el terror que nos domina:
cese de tantos odios la amargura;
para hacer de dos reinos la ventura
á doña Sancha el cielo nos destina.
Miserable traicion! digna tan solo
de quien no tiene aliento soberano;
del que en vez de ser rey, es un villano,
que vive entre la infamia y entre el dolo;
y temiendo á mi gente y á mi acero,
como prenda de paz, mandais, menguados,
que viniésemos todos desarmados
para ser vuestro lazo mas certero.
Preparaos á hacer del triunfo alarde;
difundid por do quiera la noticia

de que fué con el conde muy propicia
vuestra suerte.

Iñigo. Fernan!

Conde. Callad, cobarde.
Conozco que teneis mi vida en mucho;
que si aqui no hay valor, si no hay nobleza,
hay en cambio quien vive en la vileza
y que está en las traiciones harto ducho.

Iñigo. Moderad las palabras, señor conde;
tened un poco á raya ese corage:
debeis á don García vasallage.

Conde. Quién es el que á Fernan asi responde?

Iñigo. Es el primo del conde de Tolosa,
á quién matásteis vos.

Conde. En franca guerra:
sin usar los ardides de esta tierra,
al filo de mi espada victoriosa.

Iñigo. Sois tambien de don Sancho el asesino.

Conde. Miserable!

Iñigo. Calmad! La audacia fiera
es, Fernan, por ahora una quimera:
os conduce á morir vuestro destino.
Creísteis el enlace prometido;
la pasion de la infanta aun os admira!

Conde. Con que el amor de Sancha...

Iñigo. Fué mentira.

Conde. Su cariño ideal...

Iñigo. Era mentido.

Conde. Mentido aquel acento
á cuya vibracion el alma loca
rebosaba en amor y en sentimiento;
la mágica sonrisa de su boca,
tan pura como el áura de los cielos,
la inefable dulzura de sus ojos,
su noble continente...

Iñigo. Todo mentira fué.

Conde. Traicion odiosa
que no puedo creer! El Dios potente,
nunca quiso vestir á la serpiente
las galas de la incauta mariposa.
Sancha inocente está.

Iñigo. Por vida mia!

de esa infantil exaltacion me pasmo.

Conde. Ni apagará mi fé vuestro sarcasmo,
que mal puede quien vive en la falsía,
hacer sombra á la luz del entusiasmo.

Iñigo. Vana arrogancia que impotente espira.

Conde. Miserable instrumento de un tirano,
tienes razon; el que nació villano,
solo de la traicion el áura aspira.
Dile á tu rey que si su trono humilla,
burlando asi el honor tan bajamente,
de tal accion se vengará Castilla;
y güay de la diadema que en su frente
ya temblorosa está: que á tus blasones
dé mas lustre y honor en otra empresa;
y si en tu buena fama se interesa,
que encargue á un alguacil tus comisiones.

Iñigo. Ira de Dios!

Conde. Aparta, ruin gusano:
(*A los guardias.*) (*A don Iñigo.*)
Guiad á mi prision. Yo te perdono!
vuelve á lamer el pedestal del trono;
bien está un vil al lado de un tirano.
(*Vase con los guardias.*)

ESCENA X.

DON ÍÑIGO. DOÑA TERESA.

Teresa. Todo lo escuché.

Iñigo. Señora!
en nuestras manos está;
mas su arrogancia, su orgullo
tales temores me dan,
que el alma encuentra un vacío
que no se llena jamás.

Teresa. Temeis su vida?

Iñigo. La temo.

Teresa. Esos recelos dejad,
porque el hecho que le imputan
es por Dios bien criminal,
y ya sabeis que una vida
no es facil pueda alcanzar
á borrar tan negro crimen

contra la persona real.

Iñigo. Lo sé, señora, lo sé.

Teresa. Don Iñigo, morirá,
y sus antiguos laureles
por el cieno rodarán.

Iñigo. Véanlo pronto mis ojos.

Teresa. Reunid el tribunal,
que como á reo le juzgue,
y nadie pueda jamás
decir que un asesinato...

Iñigo. Comprendo ahora vuestro plan.

Teresa. Para que nombreis los jueces
autorizado os hallais
por mi hermano.

Iñigo. Yo prometo
que no nos han de faltar.

Teresa. Apenas den la sentencia...
Aqui dejo el sello real.
(*Lo deja encima de la mesa.*)
Vos mismo...

Iñigo. El rey...

Teresa. No ha de verla,
y á ello convenido está.
De la ejecucion tan solo
la noticia le darán.
Temeis ahora, don Íñigo?

Iñigo. Quiero el alma recrear,
con deleite contemplando
tan dichosa realidad.

Teresa. Despues que esté consumada,
podreis con ella gozar;
en tanto, que solo el odio
y la venganza infernal
en vuestra mente se aniden:
haced luego ejecutar
mi mandato, y no olvideis
que de una muger el plan
estuvo mas combinado
que el de un rey harto sagaz.
Don Iñigo, vuela el tiempo.

Iñigo. No mucho se pasará
sin que resuene la hora

de amarga felicidad.
Su cabeza es la alta cima
do no he podido llegar,
y en viéndola por el suelo
perderá su arrojo audaz;
poco los medios me importan
si logro al fin alcanzar
la venganza que en mi pecho
se abriga tan pertinaz.

ESCENA XI.

DOÑA TERESA.

Sufre y calla, corazon!
nadie comprenda tu afan,
ya que matando á Fernan
matas tambien tu ilusion.

ESCENA XII.

DOÑA TERESA. DOÑA SANCHA.

Sancha. Hermana!
Teresa. Qué, Sancha mia?
Sancha. Y el conde?
Teresa. Vendrá al instante
á admirar ese semblante
que rebosa de alegría.
Yo tambien de gozo ufana
al verte feliz, mi pecho
siento latir satisfecho.
Sancha. Oh! qué buena eres, hermana!
Las prendas del conde son
de precio tan singular,
que á cualquiera puede dar
orgullo su posesion.
Era ya de mi alma dueño,
aun antes de conocerle:
amaba á ese hombre sin verle,
y su amor era mi sueño.
Mas lo digo sin rubor;

desque le he visto en palacio,
no tiene mi pecho espacio
donde abrigar tanto amor.

Teresa. Es un sueño peregrino
de tu mente, una quimera;
hermana!... y si el conde fuera
de tu padre el asesino?

Sancha. Deten el blasfemo labio.
Quien tiene tanta grandeza,
recurrirá á una vileza
para vengar un agravio?
Por un destino fatal
mi padre murió á sus manos;
mas no por medios villanos,
sino en batalla campal.

Teresa. Muy poco, Sancha, te abate
el recordarme su muerte.

Sancha. Por un azar de la suerte
fuéle contrario el combate.

Teresa. Y por eso tu rencor
habrás de disminuir?

Sancha. Debo su muerte sentir,
sin odiar al matador.

Teresa. Y eso lo dice una hija,
á quien huérfana dejaron,
á quien su bien la robaron...?
Oh! no es justo que te aflija
con recuerdos tan crueles,
cuando ocupan tu memoria
del asesino la gloria,
y su nombre, y sus laureles!
Tu pecho no se desgarra
de rabia en este momento?
O no tiene sentimiento
la princesa de Navarra?
Qué!... los tormentos prolijos
puedes tan pronto olvidar?
quién la muerte ha de vengar
de un padre sino sus hijos?

Sancha. Qué lenguaje tan estraño!
Pues vosotros no habeis sido
quienes mas habeis querido

este enlace?

Teresa. Por su daño!
De su sangre en nuestra sed...

Sancha. Teresa! á creer no me atrevo...

Teresa. Incauta! tú has sido el cebo
para prenderle en la red!
Fué mi lazo mas certero
que la punta de una espada!

Sancha. Y el conde...

Teresa. No temas nada,
que solo está prisionero.
Por si á la reja se asoma
y hablase á tu corazon,
te digo que es su prision
la torre de la Paloma.

Sancha. Teneis corazon de hienas.
Asi de la fé abusais?
Decid luego que abrigais
sangre real en vuestras venas.
Con que yo cándidamente
mi amor le ofrecí y mi mano,
mientras con lazo villano
nos engañábais vilmente?
Con que alentábais mi amor
con hipócrita falsía,
cuando vuestra alma queria
saciar tan bajo rencor?
Cobarde accion! digna solo
de quien no tiene nobleza;
de quien funda su grandeza
en el engaño y el dolo.
Y si de mi hermano late
su pecho por la venganza,
por qué no fué lanza á lanza
á buscarle en el combate?
Entonce el conde diria
al mirar su arrojo fiero,
que era todo un caballero
quien asi lidiar queria.
Si admirábais su poder,
no sabeis que era mejor
ser vencidos con honor

que con deshonra vencer?
Direis que es este un desman
muy frecuente en nuestros dias,
por eso hay tantos Garcías
donde hay tan solo un Fernan.

Teresa. Hermana!

Sancha. Callad por Dios!
El lazo que habeis tendido,
para prender á uno ha sido,
mas para cortarle, hay dos.

Teresa. Tú, Sancha!...

Sancha. Sancha será
quien á su esposo defienda,
y en la red que á él se le prenda
tambien su esposa caerá.
Ó en vuestro juicio habeis dicho,
á Sancha alucinaremos
y con su amor jugaremos
tan solo á nuestro capricho!
Pues errásteis vuestra cuenta,
que de Sancha el corazon,
ni se dobla á la traicion
ni nunca se pone en venta.
Mi ilusion son sus amores.

Teresa. Calla. (Idea tentadora!
Esa fé con que le adora
enciende mas mis rencores.)
Vano recurso; tu acento
por mas que esté resentido,
es un átomo perdido
en medio del firmamento.
No hay cosa que no me cuadre,
por muy odiosa é impía,
si á la venganza me guia
de la muerte de mi padre.
Poco es, hermana, tu amor;
pues de vengarme hallé modo,
ni tu amor, ni el reino todo,
pondrán halla á mi furor.
Y estando bajo la ley
tu empeño será impotente,
que no obedece esta gente

si el sello no ve del rey.
Sancha. Y no te podrá ablandar...
Teresa. Mucho el perderle te cuesta!
pero en ocasion como esta,
no hay mas medio que llorar.
Porque las lágrimas son
un bálsamo de consuelo,
que si no borran el duelo,
aduermen el corazon. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

DOÑA SANCHA.

Infame y vil proceder!
Cuándo mi mente alcanzára
que tanto odio se encerrára
en un pecho de muger?
Cómo librarle?
(*Viendo entrar á Bustos.*)
Qué es eso?

ESCENA XIV.

DOÑA SANCHA. GONZALO BUSTOS.

Gonzalo. La impaciencia me devora:
decidme: es cierto, señora,
que está el conde Fernan preso?
qué respondeis?...
Sancha. Mas despacio.
Gonzalo. Es que sino oís mi ruego,
capaz soy de poner fuego
á este maldito palacio:
ó en mi despecho cruel
si librarle no consigo,
tendrá al menos un amigo
que sabrá morir con él.
Sancha. Y quién sois vos?
Gonzalo. Soy Gonzalo:
el que por su vida vela,
el que de todo recela
y todo lo juzga malo.

Yo soy un soldado audaz,
y siervo de mi señor;
pero al defender su honor,
soy indomable y tenaz.
Si al conde Fernan se nombra,
tambien se me nombra á mí;
siempre á su lado viví,
yo soy, señora, su sombra.
Y es tal del conde la estrella
por su inmenso poderío,
que de todo desconfío;
aun de vos, que sois tan bella.

Sancha. De doña Sancha?

Gonzalo. Ignoraba
que fuéseis vos; pero ahora
os exijo mas, señora,
lo que antes os preguntaba.
El conde...

Sancha. Una alevosía
contra él...

Gonzalo. Con que mi recelo...

Sancha. Callad, Gonzalo, que el cielo
para salvarle os envia.
Oh, inspiracion!

(*Viendo el sello, y poniéndose á escribir.*)

Gonzalo. Por san Blas!
mientras por tamaña mengua
no arranque el conde la lengua
á mil, no acaba jamás.
Es muy pesada esta broma,
y si reuno mi gente...

Sancha. (*Sellando el pliego, y señalando á la torre que se ve por el balcon.*)
Veis la torre de allí en frente?
pues es la de la Paloma.
Sed cauto, y á ella marchad;
dareis al gefe este pliego,
y pondrán al conde luego
en completa libertad.

Gonzalo. Pero...

Sancha. Recelais asi?

Gonzalo. Señora, debo temer;

pues tambien pudiera ser
para asegurarme á mí.

Sancha. Leedlo.

Gonzalo. (*Repasándolo.*) Perfectamente.
Dispensad: hay tanta envidia,
y es tan grande la perfidia
que abriga toda esa gente,
que dudé... mas no esta vez,
que descubro en vuestra faz
signos de grandeza y paz,
y de angel la candidez.

Sancha. Marchad, Gonzalo.

Gonzalo. Me alejo.

Sancha. Cuando ya libres esteis,
una luz encendereis
en frente del parque viejo.
Y decidle, amigo fiel,
que aunque suerte rigurosa
le siga, siempre su esposa
la compartirá con él.

Gonzalo. El corazon se desgarra
de placer, señora mia,
al contemplar la hidalguía
de la infanta de Navarra.
El conde con su grandeza,
os lo juro por mi honor,
pagará amor con amor,
y nobleza con nobleza.

Sancha. A mi habitacion me voy;
quiera Dios no salga mal:
si diviso la señal
al punto en el parque estoy.

Gonzalo. Bien, señora; al parque iremos,
y libres de arteros lazos,
en nuestros robustos brazos
en triunfo os conduciremos.
Y si hoy nos protege Dios
triunfando de esta pandilla,
una vez puesta en Castilla
ya pueden venir por vos.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.

LA BATALLA.

Salon de armas en el palacio de Fernan Gonzalez en Burgos. Cuadros de batallas en diferentes puntos del salon: armas, escudos y retratos de familia. Una puerta secreta á la izquierda del espectador, en primer término: puerta practicable á la derecha y en segundo término, que conduce á las habitaciones interiores: otra grande al fondo, por la que se ve un balcon practicable, al que á su tiempo hay necesidad de asomarse.

ESCENA PRIMERA.

LUPO. DON ÍÑIGO, *saliendo á la escena por el fondo.*

Lupo. Esta es su cámara.
Iñigo. (*Reconociéndola.*) Bien.
Lupo. En esas habitaciones
está la nueva condesa
doña Sancha.
Iñigo. Ya del conde
es esposa?
Lupo. Todavía
las sagradas bendiciones
no han recibido.
Iñigo. (Aun es hora!
placer infernal!) Tu porte
bien merece recompensa

por mi parte: toma, y óyeme:
(*Dándole una bolsa.*)
yo he dejado la pelea
en medio de los horrores
y el estrago de la muerte
por venir aqui: conoce
cuánta será mi ansiedad
de venganza; mis amores,
mi dicha, mi suerte, todo
me lo ha robado ese conde.
Yo vengo aqui por su vida,
corta deuda á mis rencores;
la mia está ya demas
en el mundo: descorrióse
el velo de mi ficcion:
los celos abrasadores
me estan desgarrando el alma:
quiero sangre.

Lupo. No deis voces,
porque los dos nos perdemos
si la condesa nos oye.

Iñigo. La condesa! por piedad
no pronuncies ese nombre,
que me asesina.

Lupo. Salgamos...
Todas las habitaciones
conoceis ya, y esta llave
que yo á Bustos robé anoche
os dará facil entrada.

Iñigo. Goce doña Sancha, goce
de esos ensueños dorados
que la pintan sus amores.

Lupo. Salgamos.

Iñigo. Tras de su cielo
todo un infierno se esconde.
(*A Lupo.*) Oh! sí, vamos, que este ambiente
tiene envuelto en sus vapores
suspiros de amor que matan,
y que á mi dicha se oponen.
Ya te sigo.

Lupo. Una palabra:
prometedme que en la corte

de Navarra tendré asilo
contra la rabia del conde.

Iñigo. Te lo prometo, y á mas
tu suerte.

Lupo. Quedo conforme.
Mas si acaso la condesa,
inquieta por los temores
del combate, aqui viniese
á esperar su vuelta...

Iñigo. (Atroces
momentos de indecision.)

Lupo. Seguidme. (*Vase.*)

Iñigo. Ella se acerca! las flores
de himeneo ornan su frente;
de su amor las sensaciones
la arrancan grata sonrisa;
dan sus ojos seductores
luz de placer... desdichada!
tumba le dan sus amores. (*Vase.*)

ESCENA II.

DOÑA SANCHA.

Sancha. Cuánto atormenta al corazon que adora,
la larga ausencia de su amante dueño:
inquietud, sobresalto!... loco empeño
es calmar el afan que me devora:
huye de mí la calma bienhechora,
cual la apacible aparicion de un sueño:
luto las flores son que yo desdeño,
luto las galas son para quien llora.
Un hermano, un esposo entre temores,
de mi ser infeliz roban la calma;
encontrada emocion de mis amores,
lucha del corazon, luto del alma:
mas nunca el cielo ayuda á los traidores,
siempre dá Dios á la virtud la palma.

ESCENA III.

DOÑA SANCHA. GONZALO BUSTOS.

Gonzalo. Señora! (*Con el desaliño de la pelea.*)
Sancha. Gonzalo amigo!
Gonzalo. Dejadme tomar aliento;
señora, me ahoga el contento,
yo no sé lo que me digo.
Me bulle aqui en la cabeza
una especie de hormigueo...
tengo en el alma un deseo,
asi, como de grandeza.
Me palpita el corazon
con una fuerza gigante,
y creo que en este instante
estoy hecho un Ciceron.
Sancha. Habla pronto, por piedad:
tu tardanza...
Gonzalo. Es elocuente:
mi alegría nunca miente,
yo traigo el triunfo en la faz.
Sancha. Venció el conde, Dios piadoso!
mi hermano habrá sucumbido!
Gonzalo. No temais, que aunque ha vencido,
es el conde generoso.
Obró como caballero
cuando á sus plantas le vió;
prisionero le rindió.
Sancha. Mi hermano su prisionero!
Gonzalo. Si señora, en buena ley;
no hubiese asi sucedido
si al contrario hubiera sido,
que no las gasta asi el rey.
Mas cosas son de la suerte
que solo comprende Dios:
lo cierto es que de los dos
ninguno recibió muerte.
Sancha. Gracias!
Gonzalo. Al conde, en buen hora,
que fué quien le perdonó;
lo que es por mi parte, no:

yo soy muy franco, señora.
Oh! mis principios son buenos;
prefiero, voto á Caifás,
de los amigos los mas,
y de enemigos los menos.
Pero mi señor no es hombre,
es mas que de hombre su ser;
no se puede comprender
la grandeza de su nombre.
Si le viérais batallar
cual leon de sangre ansioso;
si le viérais victorioso
al vencido perdonar;
cual yo admiro admiraríais
su conquistado laurel,
y al ver tal grandeza en él
de entusiasmo lloraríais.

Sancha. Ah! sí: su gloria es mi gloria,
sus laureles mi contento,
su dicha mi pensamiento
y mis sueños su victoria.
Tú no puedes comprender
cuánto halaga al alma mia
la heróica bizarría
que Dios ha dado á su ser.
No comprendes tú hasta dónde
hace remontar mi amor
la dignidad, el valor,
la hidalguía de ese conde.
Sí: los triunfos cuéntame
que ha alcanzado victorioso;
con silencio religioso,
Bustos, los escucharé.

Gonzalo. No puedo, señora, no,
y es mi mayor sentimiento;
porque carezco de acento
para relatarlos yo.
Tengo dura la cabeza
para referirlo á fé;
pero, en fin, lo contaré
aguzando mi torpeza.
En un anchuroso llano,

cuya pintura no digo,
al ejército enemigo
hizo frente el castellano.
El conde nos arengó,
y á su voz la sangre hirviendo,
la razon se fué perdiendo
y el miedo desapareció.
Ya del bélico clarin
se oyó el destemplado son:
señora! en tal situacion
la batalla es un festin.
La muerte allí no se nombra,
los cadáveres son flores,
orquesta son los clamores,
la madre tierra es la alfombra.
Muerta el alma al sentimiento,
pretende allí cada cual
con sangre de su rival
dar color al pavimento.
Como el genio de la guerra
el noble conde avanzaba,
y ante sus plantas temblaba
estremecida la tierra.
Sus furibundos reveses
iban cuellos destruyendo,
lo mismo que va tendiendo
diestro segador las mieses.
Y en el ataque sangriento
hubo en el contrario bando,
cabeza que fué volando
diez minutos por el viento.

Sancha. Bustos!

Gonzalo. Qué! señora mia,
si aquello era sorprendente:
y en tanto el conde clemente
perdonaba á don García.
A vuestro hermano, que obró
con él como falso amigo,
y con vos misma y conmigo:
asi el conde se vengó.

(*Se oyen grandes aclamaciones y vivas qae se van acercando.*)

Mas oid : ese clamor
nos anuncia su venida.
Salid, salid, por mi vida,
al encuentro á mi señor.
Que ya que estais tan hermosa
con esas galas y flores,
justo es que los vencedores
os deban alguna cosa.
Que escuche la vibracion
de vuestro gentil acento,
y vereis que de contento
se le salta el corazon.

ESCENA IV.

DICHOS *y* FERNAN GONZALEZ, *seguido de los vivas y aclamaciones populares.*

Conde. Sancha!
Sancha. Fernan!
Conde. Alma mia!
qué nube de desconsuelo
de tu limpia faz de cielo
oscurece la alegría?
Los lauros que yo adquirí,
para tí los alcancé;
pues solo les conquisté,
dulce bien, pensando en tí.
Sancha. Hay, conde amigo, laureles,
que dan al alma tormento,
y conmigo en tal momento
son los hados bien crueles.
Está puro... y sin mancilla
vuestro triunfo castellano;
pero el vencido es mi hermano,
y esa victoria me humilla.
Al rendirme por despojos
vuestro alcanzado laurel,
por no hallar mi afrenta en él
ni aun me atrevo á alzar los ojos.
Conde. Si eso causa tu desvelo,
cese tu tormento impio,

que es inmenso el amor mio
y de agradarte mi anhelo.
Bustos! en este momento
puedes á ese rey soltar.

Gonzalo. Qué haceis, conde?

Conde. Ejecutar
de mi amada el pensamiento.
Goce las horas serenas
de su libertad dichosa,
mientras me tiende mi hermosa
de sus brazos las cadenas.
Y dile á ese rey altivo,
que si él mi vista esquivó,
no quiero humillarle yo
viéndole ante mí cautivo.
Que los grandes corazones
no en abatir se alborozan,
ni en la humillacion se gozan
de los que fraguan traiciones.
Bustos! vé sin dilacion,
y si esto le maravilla,
le dirás que aqui en Castilla
la venganza es el perdon.

Sancha. Magnánimo proceder
que tiene suspensa el alma;
bien de héroe ganais la palma;
eso se llama vencer.
No en el ataque sangriento
brilla tanto la fiereza:
donde brilla la grandeza
es despues del vencimiento.
Sí, Bustos, corre al instante:
si pregunta por su hermana,
le dirás que es castellana,
que pertenece á su amante;
que no quiera con maldad
segunda vez probar suerte,
pues pudiera hallar la muerte
donde halló la libertad.
Que sus maldades perdono;
que diga á doña Teresa
que quiero ser mas condesa

que no sentarme en un trono.

Gonzalo. Bien, señora, bien, iré
vuestras órdenes á dar;
pero antes dejadme hablar,
que lo necesito á fé.
Hoy, que todo es alegría,
y victorias, y grandeza,
y perdones y nobleza
goza mucho el alma mia.
Bajo esta cota de acero
y este tosco desaliño,
late un corazon de niño
con corteza de guerrero.
Vos amais á mi señor;
yo tambien le amé en secreto,
pero lo mio es respeto
mientras lo vuestro es amor.
Siempre á mi cariño fiel,
en el campo, en la batalla,
bajo esta cota de malla
latió un corazon por él.
Y fué tanta su bondad,
que á mí, mísero soldado,
siempre me llevó á su lado
premiando mi lealtad.
Sin duda el cielo á mi ser
imprimió la gratitud,
pues esa noble virtud
ejerce en mí tal poder,
que si mil vidas tuviera
y en un peligro le hallára,
si por darlas le librára
con placer las ofreciera.

Conde. Y el conde se siente ufano
mirando en tí tanto amor;
Bustos, tú tienes honor;
me agrada, venga esa mano.

Gonzalo. (*Tomándola.*) Ahogándome el gozo está:
gran precio el premio atesora.
(*A doña Sancha.*) Hacedle feliz, señora,
y Dios os lo premiará!
Ahora voy á don García

en este instante á soltar,
y en Burgos á derramar
la animacion y alegría.
En vuestro pueblo, princesa,
porque ya desde mañana
sereis nuestra soberana
siendo de Burgos condesa.
Al pueblo hablaré de vos,
y ya vereis qué contento,
cuando escuche de mi acento
que sois un angel de Dios. (*Vase.*)

ESCENA V.

EL CONDE. DOÑA SANCHA.

Conde. Noble y leal servidor,
en entusiasmo se enciende.
Sancha. Quien asi al conde defiende
en mucho estima su honor.
Conde. Es, Sancha, un vasallo fiel.
Sancha. Quien tales vasallos cuenta,
no en vano altivo sustenta
la pompa de su laurel.
Veo con felicidad
que tanto en paz como en guerra,
puede llamarse esta tierra
cuna de la lealtad.
Conde. Si, dulce iman de mi vida;
del mundo en la ancha estension,
no existe una poblacion
como mi ciudad querida.
Ciudad que vió siempre ilesa
de sus condes el honor,
y hoy alzará su clamor
victoreando á su condesa.
Ciudad que dará en despojos
para aplacar tus agravios,
cuanto pidieren tus labios,
cuanto miraren tus ojos.
Siendo de su conde esposa,

la altiva Burgos mañana
te verá su soberana,
y yo te veré mi diosa.
Ella alzará su cancion
celebrándote gentil;
yo de tu aliento sutil
beberé la inspiracion.
Y cuando invadan mi tierra
las musulmanas legiones,
tu nombre irá en mis pendones
seguro triunfo en la guerra.
Serás mi angel tutelar,
y en sus victorias Castilla
tu renombre sin mancilla
podrá triunfante aclamar.

Sancha. Lo que el alma alcanza á ver
con los ojos del amor,
gloria, pompa y esplendor
me habeis hecho comprender.
Me estais, bien mio, pintando
con mil mágicos colores
los ideales amores
con que yo estuve soñando;
estais haciendo pasar
ilusion por ilusion,
lo que al triste corazon
hizo un tiempo palpitar.
Estais realizando un sueño
que solo soñando ví;
muy grande me lo fingí,
pero ante éste fué pequeño.
Por un prisma contemplé
un mundo radiante y bello;
mas era un triste destello
de lo que en Burgos hallé.
Aqui encontró mi ternura
el noble aliento de un Dios,
y realizamos los dos
nuestro ensueño de ventura.
Yo vuestro angel tutelar!...
Tanto amor me maravilla:
mas ya que invoca Castilla

mi nombre para triunfar,
cuando para la lid fiera
se apresten los castellanos,
yo bordaré con mis manos
el lienzo de su bandera.

Conde. Y ellos por ti vencerán,
y eternizando su gloria,
con laureles de victoria
ese lienzo adornarán.
Oh! Cuán grata sensacion
recibo en este momento
al escuchar de tu acento
la mágica vibracion.

(Se oye música y vivas lejanos que se irán acercando hasta que figuren estar bajo los balcones de palacio.)

Oyes? ya segun costumbre
victoreando á su señor,
viene con franco clamor
de Burgos la muchedumbre.
Esas voces á millares
siempre para mí se alzaron,
y mis triunfos halagaron
los aplausos populares.
Qué dulces son los sonidos
de un pueblo altivo y leal!
cómo ese clamor triunfal
viene á halagar mis oidos!

(Cesan las aclamaciones y el murmullo, y se deja oir una música y repetidos vivas al conde y la condesa.)

Oyes sus voces? Salgamos
á ese balcon al instante,
que vean tu faz radiante,
y vean que les amamos.

(Abre el balcon, y se presenta con doña Sancha, dejándose oir un aplauso y un viva general; vuelve á sonar la música.—Mientras el conde y su esposa permanecen en el balcon, don Iñigo aparece por la puerta secreta, y escucha los vivas.)

Iñigo. Sí: gritad con entusiasmo!
Vuestros aplausos triunfales
son sus ecos funerales,
son de la muerte un sarcasmo!

Destino por Dios impío
es mirar la dicha agena!
la venganza me enagena:
horrible placer el mio!
No germinará el laurel
que tan lozano creció,
porque aun, conde, vivo yo
para regarle con hiel.

Conde. (*Al balcon.*)
Burgaleses! basta ya:
vuestra aclamacion festiva
no olvidaré mientras viva.

Iñigo. Conde, bien poco será.
(*Se retira por la puerta secreta.*)

(*La muchedumbre rompe en vivas y empieza á alejarse, perdiéndose á lo lejos la algazara y aclamaciones.— El conde, trayendo á doña Sancha á la escena.*)

Conde. No ves, mi Sancha, el placer
con que te acoge Castilla?

Sancha. Tanto entusiasmo me humilla;
no le alcanzo á merecer.

Conde. Ese pueblo que á los reyes
impone con su bravura,
se postra ante la hermosura.

Sancha. Muy galantes son sus leyes.
(*Pausa.*)

Conde. Al rumor de esa alegría
que va á perderse en el viento,
no tienes tú un pensamiento,
uno solo, Sancha mia?

Sancha. Un pensamiento, Fernan,
de ventura inesplicable,
un sentimiento inefable
de mis potencias iman.
Un presentimiento vago
que ve mi ilusion querida,
como luz que cobra vida
ante la vara de un mago.

Conde. Pues bien, ese pensamiento
que soñando te halagó,
quiero realizarle yo
con el nupcial juramento.

Sancha. Sí, Fernan: sí, dueño mio:
vuestra es mi fé, mi belleza,
y mi amor, y mi terneza,
y mi ser, y mi albedrío.

Conde. Si tanto amor atesora
tu corozon para mí,
escuche Dios nuestro sí
antes de la nueva aurora.
Y nuestra dicha lozana,
flor del céfiro mecida,
renazca con nueva vida
al alumbrar la mañana.

Sancha. Sí, Fernan, renacerá
como con el sol las flores:
la vida está en los amores.

(*El conde da la mano á doña Sancha y entra con ella en su habitacion, volviendo á salir al instante, á cuyo tiempo ya estará en escena don Iñigo, que habrá salido sin ser visto, al retirarse los dos amantes.*)

Iñigo. (*Con acento sombrío.*)
Ella la muerte le dá.

(*Cruza los brazos y permanece inmóvil aguardando al conde, que al reconocerle se recobra de su sorpresa, y espera en una actitud imponente á que don Iñigo hable primero. Despues de un momento de silencio dice don Iñigo, dando á su acento la entonacion de la mas profunda amargura:*)

Iñigo. No me esperaba el conde de Castilla?!

Conde. Cuánta traicion tras esa faz se esconde!)
Quién te trajo ante mí?

Iñigo. (*Adelantándose.*) Silencio, conde!

Conde. Tu audacia ¡vive Dios! me maravilla.
Qué buscas, di, infelice?
Qué buscas en mi alcázar soberano,
lleno de amor y de ventura lleno?

Iñigo. (*Con calma sombría.*)
Busco tu muerte, altivo castellano;
quiero con mi puñal rasgar tu seno.

Conde. Tú, miserable, que en traicion impía
cobarde rebosando,
cómplice de tu rey, de don García,
mi prision decretaste,

y las sagradas leyes
del pundonor y la hidalguía hollaste?
Tú delante de mí, mal caballero,
vienes con faz traidora
á amenazarme con tu infame acero?
Qué idea asoladora
ofuscó tu razon? Mas no, no quiero:
deten la lengua impura,
no derrames tu hiel en mi ventura.

Iñigo. Con que escuchar no quieres de mi boca
tu destino tal vez? Cobarde mengua!
temer que con mi lengua
el plazo acorte de tu dicha loca.
Por qué tan sorprendido
me contemplas, Fernan? te he despertado:
tú con un mundo de placer soñabas;
esposo ibas á ser de la que amabas,
y al encontrarme aqui te has asustado.
Lástima tengo á tu ventura amante:
ir á tocar tu edén, gozar tu cielo,
navegar en un golfo de ventura,
y hallar con mi presencia, el desconsuelo,
el sarcasmo, el dolor y la amargura.

Conde. Mas qué buscas aqui?

Iñigo. Aun te se esconde?
Torpe estás, vive Dios! Tu vida, conde.

Conde. Mi vida?

Iñigo. Sí: tu vida.

Conde. Y has pensado
que la ibas á encontrar tan de repente?
Soñabas á tu vez traidoramente,
pero verás tu sueño disipado!
Bajo siempre y artero,
solo á la infamia el corazon te late;
por qué no me buscaste en el combate
lidiando como lidia un caballero?
No fué tu rey quien invadió mi tierra
so pretesto el mas vil y el mas impío?
Por qué no denostaste alli mi brio,
y hubiéramos lidiado en franca guerra?
Por qué en la lid sangrienta y borrascosa,
si en tu alma germinaba esa esperanza,

no vengaste á tu primo el de Tolosa,
blandiendo airado la potente lanza?
Aunque siempre traidor, con tu fiereza
fueras digno de mí; mas ya que plugo
á Dios dar á tu ser tanta vileza,
á tu ruindad contestará un verdugo.

Iñigo. Calma, conde, tu orgullo detestable;
templa tu furia loca,
y nunca vuelva á pronunciar tu boca
los nombres de traidor y miserable.
No era el miedo vulgar el que á mi pecho
le arredraba buscarte en el combate;
no le conoce el corazon que late
en ira, en odio y en rencor deshecho.
No el miedo, sino idea aborrecida,
recóndita y feroz cual mi tormento,
era de no vencerte el pensamiento,
dejándote feliz, lleno de vida:
leyes, honor, delicadeza y cuna,
todo esa idea lo absorvió potente:
yo he venido á tu alcázar sordamente
y en mi puñal existe mi fortuna.
El angel tutelar de tus amores,
en lugar de ese sí que anhelas tanto,
mañana llegará bañada en llanto
sobre tu tumba á derramar sus flores.
Y yo sonreiré! mas cuán aciaga
mi sonrisa será; la mente loca
la asomará á los bordes de su boca,
feroz, sombría, delirante y vaga.

Conde. Desgraciado del hombre que no acierta
mas que infamia á verter en su camino!

Iñigo. No es el hombre, Fernan, es el destino.

Conde. Prediccion miserable!!

Iñigo. Pero cierta.
Con frenético horror los dos nos vemos,
y verter nuestra sangre ambicionamos;
en la estension del mundo no cabemos,
figúrate, Fernan, si nos odiamos.
Tú mataste la luz de mi esperanza;
y entre las sombras del horror perdido,
yo no soy para tí mas que un bandido,

que te roba la dicha en su venganza.
(*Desnuda el puñal y dá el golpe para herirle: Fernan le detiene el brazo, cayendo al suelo el puñal; al tiempo que don Iñigo desenvaina el puñal, deja caer un pergamino involuntariamente.*)

Conde. Consumaste tu accion, vil homicida;
desgraciado de tí: no era mi sino
morir bajo el puñal de un asesino!
Dios para mas me concedió la vida.
(*Aparece Gonzalo Bustos.*)

Gonzalo. Qué veo?

Iñigo. Execracion!

Gonzalo. Señor!

Conde. Gonzalo!
Haz que vengan mis guardias con presteza;
que le corte el verdugo la cabeza,
y enviadla á su rey puesta en un palo.

Gonzalo. Hola, guardias, á mí.

Iñigo. (*Ganando la puerta secreta.*) (De este aposento
debo al punto de huir.) Necia esperanza!
Todo lo hubo previsto mi venganza,
y mas sagaz que tú burlo tu intento.
(*El conde se precipita hácia él, clavando su espada en la puerta, que don Iñigo habrá cerrado rápidamente tras de sí.*)

Conde. Traidor!

Gonzalo. Nos ha burlado.

Conde. Sancha mia!

ESCENA VI.

EL CONDE. DOÑA SANCHA. GONZALO BUSTOS. GUARDIAS *en último término.*

Sancha. Qué es lo que pasa aqui?

Conde. La traicion vela:
don Iñigo, el villano, con cautela
aqui se atrevió á entrar.

Sancha. (*Aterrada.*) Audacia impia!

Conde. Mas, quién de mis vasallos puso en venta
tan infame traicion? quién le ha enseñado
ese sitio de todos ignorado?

Gonzalo. Lupo ha sido, señor, segun mi cuenta.

Conde. Sin tardar muera!
Gonzalo. Huyó, y ahora comprendo
su desaparicion tan repentina:
obraba con traicion y á la sordina.
Conde. Toda su infamia y su vileza entiendo.
Sancha. Tambien aqui hay traidores, Fernan mio?
Gonzalo. No, señora, no cabe tal mancilla
en los leales hijos de Castilla;
ese traidor, es nieto de un judío.
Conde. Tiene Bustos razon, su raza no era
de la raza leal que en Burgos mora.
Gonzalo. No nace en Burgos la traicion, señora;
si alguna vez la veis, es estragera.
Conde. Calma tu agitacion, Sancha adorada.
Gonzalo. (*Viendo el pergamino que don Iñigo cayó.*)
Mas aqui un pergamino, señor conde.
Conde. (*Mirando la firma.*)
Es del rey de Leon; acaso esconde
para perderme á mí nueva emboscada.
(*Lee.*)

«Admiro tu destreza y la aplaudo: deseo que realiceis »vuestro proyecto, para vernos libres de ese conde »orgulloso, y para que recibais el premio ofrecido. »Sepa yo pronto que se le ha pagado en mi nombre »la deuda del caballo y del azor, en el dia destinado »á su boda.»

Conde. Siempre infamia, traicion y cobardía;
hago yo sombra al esplendor de un trono,
que los dos me profesan tanto encono?
Bien se portan don Sancho y don García.
Mas no será por Dios impunemente;
quien todo lo mas santo asi atropella,
no es digno de llevar sobre su frente
regia corona que esplendor destella.
(*A Bustos.*)
Tras el traidor que de este pergamino
torpe instrumento obró con tal bajeza,
salga gente dispuesta con presteza:
si le encuentran, que cumpla su destino.
Y prevendrás tambien á mis guerreros:
si ese rey de Leon obró con mengua,
cumplido el plazo, le dirá mi lengua

cómo saben obrar los caballeros.
Gonzalo. Y todos á vengar tanta mancilla
se aprestarán con arrogancia fiera,
y dando al viento la marcial bandera,
lidiarán por su conde y su Castilla.

ESCENA VII.

EL CONDE. DOÑA SANCHA.

Conde. Sí, Sancha amada, se llegó el momento
de hacer ver á ese rey que obró con dolo...
Sancha. Contra tanta traicion, qué hareis vos solo?
Conde. Tengo mas que ellos corazon y aliento.
Quizá, Sancha, despues de esta jornada
pueda libre Castilla alzar su frente;
para hacer á mi reino independiente,
me dió el cielo tu amor, Burgos mi espada.
Yo mas que ellos leal y caballero
su cetro defendí con mi pujanza;
hoy formaré otro cetro de mi lanza;
la independencia de Castilla quiero.
Quien pretende pagar con tal vileza
la deuda de mi azor y mi caballo,
y contra mí conspira con bajeza,
ese, en vez de mi rey, es mi vasallo.
Perdona mi furor, angel hermoso;
si te contrista á tí, por tí lo siento:
quiero á Leon partir en el momento;
mas antes de partir seré tu esposo.
No temas: si los roncos atabales
me separan de tí tan prontamente,
yo te daré por músicas nupciales
la aclamacion de un pueblo independiente.
Quiero dar á tu sien laurel de gloria,
y si alzo independiente mis banderas,
á las generaciones venideras
« Sancha se lo inspiró » dirá la historia.

FIN DEL ACTO TERCERO.



ACTO CUARTO.

LA INDEPENDENCIA DE CASTILLA.

Tienda de campaña de don Sancho en las inmediaciones de Leon; la fachada principal custodiada por dos centinelas, y cubierta de escudos y armas: no solo estarán descorridas las cortinas de delante, sino las del fondo, de modo que se vean á lo lejos todas las tiendas y campamento del rey.

ESCENA PRIMERA.

MONCADAS. UN CABALLERO LEONÉS.

Moncadas. Que es su intencion decidida
bien se deja conocer.
Caballero. Ese conde quiere guerra;
está visto.
Moncadas. Si pardiez,
y es capaz de sostenerla
con el mismo lucifer;
que es arrojado y valiente.
Caballero. Veo que opinais tambien
como yo; mas si nos busca...
Moncadas. Nos encontrará.
Caballero. Si á fé.
Moncadas. Nos encontrará, repito;
puede su guerra temer
quien siente con arrogancia
un corazon leonés

latirle dentro del pecho
ardiendo en guerrera sed
de gloria?

Caballero. Nunca, Moncadas.

Moncadas. Otra cosa puede bien
entibiar nuestro valor.
Don Iñigo...

Caballero. Decid, qué?...

Moncadas. No goza mis simpatías:
es traidor como un infiel,
y acaso este rompimiento
es por su causa.

Caballero. Tal vez.
Su intimidad con don Sancho...

Moncadas. Mucha lástima es que un rey
como el nuestro, de traidores
se aconseje.

Caballero. Y no podreis
decirme qué gente trae
el conde Fernan?

Moncadas. (*Conduciéndole á un lado.*) Si, ved.
Alli está su campamento;
la colina que teneis
en frente, no nos permite
como quisieramos, ver
toda la tropa que trae;
mas si pasear quereis
la pasaremos revista
desde esa altura.

Caballero. Está bien;
acepto vuestra propuesta,
pues tengo en ello un placer.

(*Vanse por la izquierda del espectador.*)

ESCENA II.

DON SANCHO. DON ÍÑIGO. (*Vienen por la derecha.*)

Iñigo. Tenemos en el terreno
ventaja para triunfar.

Sancho. Eso, don Iñigo, es bueno,
pero él de audacia está lleno.

Iñigo. La perderá al batallar.
Esa aparente fiereza,
al ver vuestros escuadrones
se fugará con presteza,
y humillará su cabeza
cuando alceis vuestros pendones.

Sancho. Sabed que me dais contento
presagiando esa victoria;
y al escuchar vuestro acento,
con mas altivez me siento.

Iñigo. Es que presentís la gloria.
Es que esa oculta esperanza
por tanto tiempo escondida,
blandiendo airoso la lanza,
al tocar vuestra venganza
la vais á mirar cumplida.
Es que con guerrero honor
dando mas fuerza á las leyes
y al trono mas esplendor,
vais á castigar, señor,
los ultrajes de dos reyes.

Sancho. Ah! don Iñigo! no en vano
ese recuerdo á mi mente
vendrá con furor insano;
de ese altivo castellano
yo sabré humillar la frente.
Si él invadiendo mi tierra
se declaró en rebelion,
llevando á su rey la guerra,
con su proceder destierra
de su rey la compasion.
Mas tenerle yo quisiera
por amigo y aliado...
su condicion altanera...
aquel arranque de fiera...
aquel valor de soldado...

Iñigo. Mas fuera mengua en verdad
y notoria cobardía
ceder á su vanidad,
sin que en vuestra autoridad
vengáseis á don García.

Sancho. Id á preparar mi gente;

que en presentar el combate
quiero que andeis diligente,
y tiemble el conde imprudente
de mi ejército al embate.

Iñigo. Sí, don Sancho; el corazon
en impaciencia deshecho,
ansiando su destruccion,
en su sangrienta emocion
se quiere salir del pecho.
Cumplamos nuestra esperanza,
y pues le arrojan los cielos
presa de nuestra venganza,
vengaremos sin tardanza,
vos desacato, y yo celos. (*Vase.*)

ESCENA III.

DON SANCHO.

Sí, saciemos de una vez
de venganza nuestro intento;
quiere el conde en su altivez
igualarse á mí?... pardiez!
que es temerario su intento.
Mas don Iñigo aborrece
á ese conde mas que yo;
al nombrarle se estremece;
su frenesí me parece
que no debo abrigar yo.
Qué pensamiento se esconde
detras de su faz?

Un cab. Alteza,
quiere hablaros con presteza
un emisario del conde.

Sancho. Haced que pase: será
sin duda que arrepentido
del desacato atrevido,
piedad á implorar vendrá.

ESCENA IV.

DON SANCHO. GONZALO BUSTOS.

Gonzalo. Salud al rey de Leon.

Sancho. Si sois del conde enviado,
pues hasta mí habeis llegado,
decid vuestra comision.

Gonzalo. El noble conde que impera
en Castilla la leal,
conociendo que obrais mal
y con intencion artera,
viendo que el plazo pasó
que los dos estipulásteis,
y que vos, rey, olvidásteis
lo que entre los dos medió;
y atendiendo á las traiciones
que en contra de él se han fraguado,
pues vos mismo habeis hollado
del pacto las condiciones;
dando á su noble intencion
el prestigio de la ley,
rompe con toda su grey
del feudo la condicion.
Pero si vos, lo ofrecido
cumplir hoy mismo quereis,
por feudatario le habreis,
dando su afrenta al olvido.
De otro modo vuestra tierra
cual triunfador pisará,
y hasta Leon llevará
la destruccion y la guerra.

Sancho. Basta ya! con torpe mengua
ha hablado el embajador.

Gonzalo. Lo que oí de mi señor,
eso pronunció mi lengua.

Sancho. Di al conde que tenga en cuenta
el poder de mis estados,
y no promueva altercados
que le han de dar solo afrenta.
Que no quiera mal vasallo
cubrirse de tal mancilla.

Gonzalo. Lo mismo opina Castilla
del azor y del caballo.
Esa es tambien su opinion;
si el conde calla, *la yerra*,
dicen por toda mi tierra

lleno de odio el corazon:
y aunque adagio impertinente,
don Sancho, por muy sabido,
en la tierra en que he nacido
se dice lo que se siente.

Sancho. (Aunque enciende mi corage
me agrada su desenfado.)

Gonzalo. Dispensad: soy un soldado,
y es muy rudo mi lenguaje.

Sancho. Comprendo tu lealtad,
y por eso te perdono;
di á ese conde, que mi trono
dá destellos de piedad.
Que sofoque sus pasiones,
y que venga á mi presencia.

Gonzalo. Pedís una conferencia?

Sancho. Tales son mis intenciones.

Gonzalo. Si le llamais noblemente,
á esa entrevista vendrá;
no siendo asi, no lo hará.
Porque hablando francamente,
y aunque os cause pesadumbres,
hay un refran que aconseja,
que tarde ó nunca las deja,
quien tuvo malas costumbres.

Sancho. Atrevido anda el villano;
mas sino sella su boca
muy pronto su audacia loca
castigaré por mi mano.

Gonzalo. Veo que no estais de humor
de fraguarle mas traiciones;
teneis buenas intenciones:
asi me agrada, señor.
(*Saca un lienzo blanco de la escarcela.*)
Este lienzo estenderé
para que el conde lo entienda,
y llegue hasta vuestra tienda.
(*Al retirarse.*)
Yo en acecho quedaré. (*Vase.*)

ESCENA V.

DON SANCHO. DON ÍÑIGO.

Sancho. Sin respetar mi grandeza
me ha insultado ese villano!
Mas la entrevista conviene
con ese conde.
Iñigo. Don Sancho!
En placer y en alegría
está el corazon nadando.
Oh! va á llegarse el momento
de que pague el conde osado
su rebelion con su vida.
En todos vuestros soldados
se nota la animacion,
la vida y el entusiasmo.
Brillan sus cotas, relinchan
los belígeros caballos,
y en impaciencia deshechos,
alzan las ferradas manos,
como si avanzar quisieran
hácia el enemigo campo.
Y entre el crujir de las armas,
y entre el marcial aparato,
en la luz de las miradas
se ve del triunfo el presagio.
Sancho. Exaltado estais.
Iñigo. Sí, mucho.
Por vuestra gloria me exalto;
por ella y por mi venganza,
por vuestra injuria y mi daño.
Sancho. Confieso que tal rencor
no tiene entrada en mi ánimo;
y por lo mismo, he pedido
de ese conde al emisario
una entrevista.
Iñigo. (Qué escucho!)
Sancho. Presumo que es mas del caso,
que arreglar este negocio
con las armas en la mano,
usar de cierta política.

El conde vendrá; yo en tanto
voy á saber por Moncadas
qué tal se encuentra mi erario.
Pero si viene imprudente,
si exige mucho... en tal caso,
pues quiere guerra, con guerra
será fuerza escarmentarlo. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DON ÍÑIGO.

Degradada condicion
es la del humano ser!
ir á tocar el placer
y hallar desesperacion,
y tormento y padecer!
Con entusiasmo guerrero
vistió la cota de malla;
blandió en su diestra el acero,
y ahora propone el primero
dar treguas á la batalla!
Sin duda el cielo agotó
en mi ser todo el tormento
que para el hombre crió;
mas si es mi sino sangriento,
no he de rechazarle yo.
Lucharé contra mi sino,
me sobra aliento.

ESCENA VII.

DICHO *y* EL CONDE, *que habrá oido los últimos versos.*

Conde. Y bajeza.
(*Don Iñigo sorprendido deja escapar una esclamacion.*)
Silencio! torpe asesino;
no culpes á tu destino,
culpa solo á tu vileza.
En mi lealtad notoria,
yo te encontré por mi mengua
en mi camino de gloria:

negro borron de mi historia,
supla el acero á la lengua.
Desenváinale, traidor,
infame y mal caballero,
pues te juro por mi honor
que aunque empañe su esplendor,
muerte te ha de dar mi acero.

Iñigo. Tu arrrogancia no me ofende:
te odio y te aborrezco tanto,
que en ira mi pecho enciende:
pues de tu orgullo depende,
ni la temo, ni me espanto.
Si me has visto estremecer
cuando ante mí llegué á verte,
fué tan solo de placer;
qué puede de tí temer,
quien ve un festin en la muerte!
Necio de tí que has pensado
que tu acero me intimida!

Conde. Cobarde!!!

Iñigo. Te has engañado,
y vas á verlo. (*Desenvainando el acero.*)

Conde. Menguado!
tocaste el fin de tu vida.

(*Se arrojan el uno contra el otro, y cuando el conde ha hecho retroceder á don Iñigo y va á darle muerte, se lo impide don Sancho.*)

ESCENA VIII.

DICHOS. DON SANCHO.

Sancho. Deteneos, vive Dios!
que es de malos caballeros
acudir á los aceros
en tal situacion. (*A don Iñigo.*) Y vos,
que autorizais tal desman,
aplacad con vuestra ausencia
el rencor, y en conferencia
dejadme á mí con Fernan.

Iñigo. Cuando siente el corazon
un impulso violento,

al frio discernimiento
sustituye la razon.
Mas ya que de esta quimera
nos haceis torcer el giro,
obedezco y me retiro. (*Al retirarse.*)
(Yo le mataré allá afuera.)
(*Se retira por donde salió Gonzalo Bustos.*)

ESCENA IX.

DON SANCHO. EL CONDE.

Sancho. Ese genio pertinaz
acallad, conde, y hablemos:
á ver si nos entendemos,
á ver si tenemos paz.
(*Se oye una esclamacion, y aparece Gonzalo Bustos con el puñal desnudo.*)
Mas qué grito de agonía...

ESCENA X.

DICHOS. GONZALO BUSTOS.

Conde. Gonzalo Bustos!
Gonzalo. Señor,
purgué al suelo de un traidor
dando un corte á la falsía.
(*A don Sancho.*)
Yo á don Iñigo maté;
siendo su juez soberano,
á mi puñal y á mi mano
la justicia encomendé.
Refrenad vuestro despecho,
y no lamenteis su muerte;
pues si obré con buena suerte,
tambien obré con derecho.
La yerba que solo aborta
un producto tan fatal,
es digna de mi puñal:
la mala yerba se corta. (*Envaina la daga.*)
Sancho. Vive el cielo! audacia tanta,

y en mengua de mi grandeza!
Esa osadía y fiereza
me llena de odio y me espanta.

Conde. Alteza! la lealtad
que alimenta ese soldado,
aunque produjo mi enfado,
está esenta de maldad.
A mí me pertenecia
la vida entera de ese hombre;
pero él le mató en mi nombre;
si culpa hay en esto es mia.
Si era inocente ó culpado,
vos, don Sancho, lo sabreis. (*Pausa.*)

(*Le muestra el pergamino que en el acto anterior cayó en su palacio don Iñigo.*)

Qué es esto! palideceis!
volveis la vista afrentado!
obró ese hombre como artero,
mas ya cumplió su destino.
Yo rompo este pergamino, (*Le rompe.*)
bien veis que soy caballero.
Y si aun no estais satisfecho,
en el pais del honor,
para dar muerte á un traidor,
don Sancho, siempre hay derecho.
De ese honor las santas leyes
vos y don García hollásteis,
y mi esterminio jurásteis,
traidores mas bien que reyes.
Tantos eran los enconos
que contra mí alimentábais,
que asi los dos empañábais
el brillo de vuestros tronos!
ó era tal vuestra bajeza
que en sed de venganza impura,
quisísteis en vuestra altura
por pedestal mi cabeza?
Quien alzarse asi ambiciona,
ceñir no debe inhumano,
ni el regio cetro en su mano,
ni en sus sienes la corona.

Sancho. Silencio!

Conde. Si, que me afrenta!
y de porte tan traidor,
por no causarme rubor,
ni á mí mismo me doy cuenta.
No es á eso á lo que he venido,
rey don Sancho, no por Dios;
lo que quiero yo de vos
es que cumplais lo ofrecido.
Viéndome ante vos vasallo,
me comprásteis con desprecio,
sin reparar en el precio,
un lindo azor y un caballo.
Yo regalarles queria;
mas no aceptó vuestra alteza,
y en un plazo mi cabeza
en venta infame ponía.
El precio poco importaba;
porque bien dispuesto el lazo,
al ir á tocar el plazo
yo, que sin vida quedaba,
jamás á vengar vendria
vuestro criminal desman,
dando por eso á Fernan
la hermana de don García.
Pero el cielo preservó
mi existencia de asesinos,
y por distintos caminos
la boda se efectuó.
Vos que sabeis la traicion
que conmigo se ha fraguado,
juzgareis si es acertado
exigir la condicion.
Y por si holláseis la ley,
yo de fuerzas prevenido,
á exigiros he venido
vuestra palabra de rey.
Sancho. Asciende la suma á mucho
con la condicion impuesta.
Conde. Ved que si mas tiempo resta...
Sancho. Fuísteis en la venta ducho!
Conde. Y vos en la compra audaz.
Sancho. Olvidemos disensiones,

dando fin á estas cuestiones
con un tratado de paz.
Qué os parece?

Conde. Que me agrada.

Sancho. Veo que sois caballero.

Conde. Lo que únicamente quiero
es la cantidad pactada.

Sancho. No nos hemos entendido!

Conde. Bien pudiera ser, alteza;
tengo dura la cabeza,
no me voy sin lo ofrecido.

Sancho. Con que es decir...

Conde. Es decir,
que en mí mas razon no labra,
que exigiros la palabra,
y que hacérosla cumplir.
Es decir que yo no cedo;
que no sé volverme atrás,
ni me arrepiento jamás
de lo que hacer con vos puedo.

Sancho. Si insistís en la exigencia
nada hemos adelantado.

Conde. Don Sancho, tras el pecado
va á venir la penitencia.

Sancho. Si no alcanza mi tesoro
para poderos pagar...

Conde. Otra cosa habreis de dar
que sentireis mas que el oro.

Sancho. Si es cosa que no mancilla,
de pedirla habeis licencia.

Conde. Pues oid: mi independencia
y la de toda Castilla.

Sancho. Tenga esa lengua el vasallo.

Conde. Ya entre los dos no hay señor,
su cárcel rompió el azor,
tiró al ginete el caballo.
Alzó su vuelo gigante
el azor con albedrío,
y el corcel con doble brio
os arrojó por delante.
Y haciendo de vos alfombra,
pasó retemblando el suelo,

mientras el otro en su cielo
con su luz os hizo sombra.

Sancho. Me espanta tu rebelion,
mas vano será tu intento.

Conde. No culpeis mi rompimiento,
culpad á vuestra traicion.

Sancho. El cielo me dió grandeza.

Conde. Y la profanásteis vos;
que un rey en la tierra es Dios,
y en Dios no cabe vileza.

Sancho. Comparacion que en su ultraje
lleva la befa y desdoro,
y al rebajar mi decoro
enciende mas mi corage.
Vive Dios! conde insolente,
que ya que guerra quereis,
guerra conmigo tendreis.

Conde. Pero seré independiente.

Sancho. Y si burlando ese anhelo,
yo vencedor...

Conde. Con mas pausa.
Don Sancho, á la buena causa
siempre la protege el cielo.
El feudo que dió mi tierra
á los reyes de Leon,
era en su altivez borron
que va á lavar esta guerra.
Escarmentada Castilla
reconoce su grandeza,
y la dá el feudo bajeza
y el vasallage mancilla.
Esa Castilla que cuna
del valor, se vió esplotada,
haciendo juez á mi espada
pretende probar fortuna.
Aguila que en su osadía
deja el espeso ramage,
y estendiendo su plumage
cruza la region vacía;
sus alas son sus pendones,
y el porvenir es su cielo;
dejadla tender el vuelo.

y hará sombra á las naciones.
Sancho. Si se ha mirado en sus galas,
será para mas tormento;
yo con encono sangriento
la sabré cortar las alas.
Y abatiendo hasta la tierra
su vuelo con furia impía,
á su grito de agonía
responderé con la guerra. (*Vase.*)

ESCENA XI.

[EL CONDE. GONZALO BUSTOS.

Conde. Bustos!
Gonzalo. Señor!
Conde. Marchemos sin tardanza
á vencer ó morir.
Gonzalo. Si, que ya siento
el corazon henchido de esperanza
y el pecho rebosando en ardimiento;
puesta en mis manos la robusta lanza,
y en mi patria y en vos el pensamiento,
al cerrar contra el déspota enemigo,
estrago y muerte llevaré conmigo.
(*Se oyen tocar los clarines.*)
Conde. Esa es la voz que llama á la pelea.
Sol de la libertad, rasga tu velo;
y que tu lumbre esplendorosa sea
iris de gloria al castellano suelo.
Aura de la victoria, ven y orea
mi ardiente sien calmando mi desvelo;
y vea el porvenir en mi memoria,
que dí á Castilla independencia y gloria.

FIN DEL DRAMA.